

BEATRIZ PASTOR

EL SEGUNDO DESCUBRIMIENTO

La conquista de América narrada
por sus coetáneos (1492-1589)

Prólogo de Julio Ortega



Consulte nuestra página web: www.edhasa.com
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la cubierta: Edhasa basado en un diseño de Jordi Sábat

© imagen de la cubierta: Cortesía de la American Antiquarian Society

Premio Casa de las Américas, 1983

Primera edición: septiembre de 2008

© Beatriz Pastor, 1983, 1988 y 2008

La primera edición de esta obra fue publicada en 1983 bajo el título:

El discurso narrativo de la conquista de América

La segunda edición, revisada, apareció en 1988 bajo el título:

Discursos narrativos de la conquista de América

Esta es la tercera edición, revisada

© del prólogo: Julio Ortega, 2008

© de la presente edición: Edhasa, 2008

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso, unidad 6
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

ISBN: 978-84-350-2686-4

Impreso en À & M Gràfic

Depósito legal: B-31.015-2008

Impreso en España

*A la Clineta, tan fina,
tan culta, tan femenina.*

Capítulo 5

La Araucana: expresión literaria de una conciencia crítica

1. La construcción del sujeto americano: deshumanización / mitificación

En la entrada correspondiente al día 12 de octubre de 1492 del Diario de navegación del primer viaje de Cristóbal Colón, se lee la siguiente descripción: «Ellos andaban todos desnudos como su madre los parió y también las mujeres aunque no vide más que una farto moza y todos los que yo vi eran mancebos, que ninguno vide de edad de más de treinta años; muy bien hechos, de muy fermosos cuerpos y muy buenas caras; los cabellos gruesos casi como sedas de cola de caballo e cortos; los cabellos traen por cima de las cejas, salvo unos pocos detrás que traen largos y que jamás cortan; dellos se pintan de prieto y ellos son de la color de los canarios, ni negros ni blancos, y dellos se pintan en blanco y dellos de colorado y dellos de lo que fallan, y dellos se pintan las caras y dellos todo el cuerpo, y dellos sólo los ojos y dellos sólo el nariz»¹.

Es la primera caracterización del habitante del Nuevo Mundo hecha desde una perspectiva europea, y expresa, con una

técnica descriptiva rudimentaria, una imagen visual cuyos elementos se organizan en torno a dos impresiones centrales: el *primitivismo* (concretado en la desnudez) y el *exotismo*, expresado por la descripción detallada de los diversos tipos de pinturas corporales. La caracterización, aunque burda, posee la inmediatez de una instantánea fotográfica, inmediatez que refuerzan la acumulación de elementos visuales y la ausencia total de interpretaciones, evaluaciones y juicios del narrador.

Pero ya dentro de esta misma entrada del Diario de Colón comienza un proceso de interpretación subjetiva, y distorsión de la naturaleza del habitante de las Antillas. La caracterización del hombre americano que presenta Colón en su discurso oscila siempre entre dos polos. El primero es la necesidad que tenía el Almirante de identificar América y sus habitantes con las tierras de Asia Oriental descritas por Marco Polo en su libro de *Viajes*². El segundo es la evaluación de su utilidad y función dentro del contexto de sus proyectos de explotación comercial de las nuevas tierras y de organización del negocio de tráfico de esclavos³. La construcción del sujeto americano dentro del discurso narrativo de Cristóbal Colón no se apoya sobre un proceso de revelación y conocimiento de su diferencia, sino de reducción y alienación de su humanidad. Cada uno de los rasgos personales o culturales que caracterizaban a los indígenas sería utilizado por el Almirante para demostrar la equivalencia entre indígena y siervo, indígena y bestia, indígena y cosa⁴.

El resultado final del proceso de construcción del sujeto americano en el discurso narrativo de Colón es el establecimiento ficticio de la equivalencia entre identidad y función; función que aparece determinada por unas necesidades y criterios totalmente ajenos a la realidad humana que han pasado a

definir. En este contexto, el indígena pierde identidad cultural y naturaleza humana para reducirse a aquello que en el contexto ideológico y económico del proyecto de descubrimiento y explotación de América se define como útil: la mercancía. Por otra parte, la importancia y las repercusiones de esta primera caracterización europea del americano —que lo priva de humanidad y lo reduce a la categoría de objeto— se refuerza dentro del discurso de Colón con un proceso paralelo que culmina en la negación del derecho del indígena a la palabra⁵. La forma en que Colón iría cuestionando las lenguas indígenas para acabar afirmando la incapacidad verbal de los habitantes del Nuevo Mundo expresa la misma actitud de total incompreensión y menosprecio que se manifiesta en los otros aspectos de la caracterización progresiva de su figura. El resultado de este segundo proceso de deformación será la reivindicación implícita por parte de Colón del monopolio del lenguaje, la cultura y la humanidad. En el contexto de esta reivindicación, la percepción colombina del indígena y su caracterización no admiten comparación ni contraste con ninguna otra perspectiva cultural —cuya misma existencia se niega implícitamente— y se convierten en realidades incuestionables y absolutas. Y esta toma de posición de Colón prefigura un proceso de despojo cultural más amplio, que sería característico de toda la visión oficial del proceso de la conquista de América, y cuya consecuencia directa fue la generalización y perpetuación de un estereotipo del habitante del Nuevo Mundo que lo definía como categoría intermedia entre la bestia y el objeto.

Esta construcción del sujeto americano fue la primera que formuló el discurso narrativo de la conquista de América, pero no la única. Hernán Cortés reaccionaría contra ella, como con-

tra todo el modelo de saqueo económico con el que se relacionaba, y propondría en sus Cartas de relación, en sus cartas al rey y en sus numerosas ordenanzas de gobierno una construcción alternativa. El grado de civilización alcanzado por los aztecas hacía imposible, de todos modos, una caracterización que, como la de Colón, identificara sin problemas la ausencia de los valores y costumbres propios de la cultura occidental con dos absolutos: «barbarie» y «bestialidad». Comparada con ella, la caracterización de Cortés es más positiva, aunque recoja algunos de sus aspectos fundamentales. Lo específico de esta segunda caracterización es la ambigüedad, ambigüedad que se expresa desde la primera evaluación global de los aztecas y de su sociedad que hace Hernán Cortés en su Segunda carta de relación. En ella, después de afirmar explícitamente que «en servicio y trato de la gente de ella hay la manera casi de vivir que en España», Cortés se asombra de que tanta civilización haya podido ser creada por «gente tan bárbara y tan apartada del conocimiento de Dios y de la comunicación de otras naciones»⁶.

La contradicción entre bárbaro y civilizado que se da en el párrafo citado de la carta implica una redefinición del término bárbaro, que pasará a significar, dentro del discurso de Cortés, no *salvaje e inhumano* sino «infiel» y «diferente». En Cortés es el desconocimiento de Dios y su alejamiento de la esfera cultural del mundo conocido lo que define al azteca como *bárbaro*, y no la civilización que éste había sabido crear y cuyo valor y refinamiento Cortés subraya, asombrado, una y otra vez. Cortés enlaza el «bárbaro» del Nuevo Mundo con el «infiel» de la larga tradición de la Reconquista y de la lucha europea contra el Islam. Como aquél, el azteca es representante de una civilización avanzada, cuyo refinamiento se compara, a veces con

ventaja, al de la España de la época (baste recordar la descripción de las casas de Moctezuma que hace Cortés en su carta). Y, como en el caso de la representación del moro en la España medieval, el uso de adjetivos insultantes —«perro» es el más frecuente en ambos casos— no expresa una valoración cultural ni ontológica del personaje, sino que constituye una indicación tipificada de su condición de enemigo y no-cristiano. El «perro» que utilizará Cortés para referirse a los aztecas alguna vez, a partir de la derrota de la Noche Triste, no define al azteca, sino que lo identifica con la representación convencional del enemigo que se desarrolló en la tradición literaria de la Península a lo largo del proceso de la Reconquista. No implica, por lo tanto, una percepción deshumanizadora del hombre americano equivalente a la que implicaba el uso de términos como «cabezas», «bestias» y «piezas» en el discurso colombino.

La construcción del sujeto americano que creó Cortés en sus cartas no cuestiona jamás la humanidad del azteca ni de ninguno de los otros pueblos mucho más primitivos con los que entró en contacto en sus expediciones posteriores de exploración de la tierra firme. Y sin embargo, en el balance final tampoco les otorga esa humanidad en un grado de igualdad con respecto a los europeos. El término favorito utilizado por él para referirse a los indígenas es el de «naturales», y en él se contiene ya el elemento central sobre el que se apoyará el proceso de diferenciación entre americanos y europeos que desarrollará Cortés, subordinándolo a una estructura ideológica de justificación del dominio español y de la subyugación de los tan civilizados aztecas. El término «natural» presenta de forma inmediata dos vertientes semánticas muy claras. La primera se centra en el concepto de «origen» y expresa la relación natural que

existe entre el hombre y el lugar del que es originario. La segunda enlaza con la idea de «inocencia», se opone a artificioso/civilizado y evoca un estado de inocencia primigenia. Los indígenas de la caracterización de Cortés pertenecen al Nuevo Mundo como *naturales* que son de él, pero el Nuevo Mundo no les pertenece a ellos precisamente en razón del elemento de inocencia que Cortés les atribuye en su discurso. La inocencia no es compatible con el ejercicio del poder, y sobre esa inocencia, atribuida por Cortés a los indígenas, se apoya toda una justificación implícita de la conquista de América y de la subyugación de sus habitantes, que cristaliza en una estructura paternalista. Esta estructura caracteriza a Cortés como padre autoritario, sabio y benevolente, y a los indígenas como menores de edad necesitados de su protección. Los indígenas conquistados por Cortés son como niños, y su caracterización se centra en su indefensión y vulnerabilidad; Cortés se otorga la obligación de defenderlos del rey, de los conquistadores, de los frailes corrompidos, y de sí mismos. «Yo los encomiendo», dice Cortés, y de tal manera que, por la vigilancia paternal de Cortés, «son sacados de cautiverio y puestos en libertad». «Yo no permito que saquen oro con ellos —añade—, ni tampoco que los saquen fuera de sus casas a hacer labranzas como lo hacían en las otras islas». ⁷ Sus numerosas ordenanzas de gobierno confirman repetida y explícitamente esa caracterización del hombre-niño a quien se obliga a la obediencia a cambio de una protección que, dentro de la construcción del sujeto americano del discurso narrativo y legal de Hernán Cortés, su misma inocencia e indefensión hacen imprescindibles.

Los puntos de contacto entre el indígena del discurso de Colón y el de Cortés no han desaparecido completamente, y

la estructura ideal de relación paternalista que crea este último, en sus cartas y ordenanzas, no consigue enmascarar totalmente la verdadera función que se le otorga a ese embrión de sujeto que es el americano, dentro de la presentación utópica de la nueva sociedad. En su misma carta al rey, del 15 de octubre de 1524, Cortés revela esta función en los siguientes términos: «... en estas partes los españoles no tienen otros géneros de provechos ni manera de vivir ni sustentarse en ellas sino por el *ayuda* que de los naturales reciben, y faltándoles esto no se podrían sostener, y forzado habían de desamparar la tierra los que en ella estuvieren, y con la nueva no vendrían otros de que no poco daño se seguiría, así en lo que toca al servicio de Dios Nuestro Señor cesando la conversión de estas gentes, como en la disminución de las reales rentas de Vuestra Majestad, y perderse ya tan gran señoría como en ellas vuestra alteza tiene, y lo que más está aparejado de se tener, que es más que lo que hasta ahora se sabe del mundo» ⁸. El mensaje no puede ser más claro: el indígena es un niño al que su padre sabio y benevolente se propone desarrollar y educar; pero, mientras no alcance la categoría de adulto, que la caracterización de Cortés le niega reiteradamente, carece de todos los derechos que ésta lleva aparejados, y el lugar que ocupa en la escala social es el de un siervo de cuyo trabajo —«ayuda», lo llama Cortés en su carta— depende de forma exclusiva la manutención de los colonos y la prosperidad de la colonia. La construcción del sujeto americano dentro del discurso de Cortés culmina pues en su redefinición como *siervo*. Ya no es la «pieza» o la «cosa» de la caracterización de Colón, pero los límites de la humanidad que se le concede son claros tanto en las cartas como en las ordenanzas que promulgaba Cortés regularmente para la protección de

los indios. Éstas no se orientarían jamás hacia una pronta emancipación del indígena sojuzgado —que hubiera implicado el reconocimiento pleno de su plena identidad humana y cultural—, sino hacia una reglamentación de las condiciones idóneas bajo las cuales se institucionalizaría, dentro de la sociedad de la colonia, su condición de siervo permanente.

Los límites de la humanización de la construcción del sujeto americano dentro del discurso de Hernán Cortés son obvios. Y sin embargo, ésta supone un paso adelante no sólo con respecto a la reducción monstruosa del indígena a objeto, que se daba en el discurso del Almirante, sino en relación con las percepciones y caracterizaciones que encontramos en textos de los compañeros del propio Cortés. Andrés de Tapia acumula detalles truculentos en su terrible descripción del templo mayor de Tenochtitlán, caracterizando implícitamente a sus creadores como salvajes incomprensibles dotados de una crueldad y un espíritu sanguinario aterrador⁹. Bernal Díaz, por su parte, organiza su caracterización del indígena en torno a una categoría central: lo monstruoso. La percepción del indígena como ser monstruoso se expresa en los elementos que va reiterando Díaz para caracterizarlo, y en su fijación en rasgos y comportamientos «contra natura» que le atribuye con insistencia. Dos, especialmente, recurren de forma obsesiva en la caracterización: El primero es la sodomía, y, para Díaz —que parece decidido a transformar en sodomitas empedernidos a todos los pobladores de América—, esta costumbre los sitúa en un lugar aparte del que ocupan los hombres, marcando el deslizamiento —por identificación con una práctica que se define, en el contexto cultural del que proviene Díaz, como «contra natura»— del nativo hacia el monstruo. La sodomía se completa con otro aspecto

monstruoso que constituye el elemento más recurrente y obsesivo de la caracterización: el canibalismo. La atribución del canibalismo al americano es sistemática en el discurso de Díaz, pero lo extraordinario no es sólo este hecho —que de nuevo revela un mecanismo ideológico de identificación de lo desconocido con lo monstruoso cuyo nexo es el miedo— sino la forma en que Díaz percibe y presenta en su *Historia verdadera* este canibalismo. Se trata de una percepción y caracterización tan ignorante como infantil, que recuerda más los ogros y las brujas comedoras de niños de los cuentos que el complejo sistema ritual en el que se integraban sacrificios y canibalismo entre los indios de México. Así podemos leer en la narración de Díaz que los habitantes de Cempoal tenían indios cautivos que «tenían a engordar en unas jaulas de madera para, después de gordos, sacrificarlos y comérselos». Y la truculencia de la explicación de Díaz, cuando presenta el plan de rebelión de Cholula como parte de un gigantesco proyecto de estofado de guerre-ro-teule, es totalmente grotesca: Se pregunta Díaz —atribuyendo la pregunta a Cortés— si, «como en pago de que vinimos a tenerlos por hermanos y decilles lo que Dios Nuestro Señor y el Rey manda, nos querían matar e comer nuestras carnes, que ya tenían aparejadas las ollas, con sal e ají e tomates»¹⁰. Esta percepción sería simplemente ridícula si no fuera por el hecho de que es precisamente esta caracterización grotesca y monstruosa de los cholultecas la que el propio Díaz esgrime, pocas líneas más tarde, como justificación de la tremenda matanza de Cholula; que resume lacónicamente diciendo que «se les dió una mano que se les acordará para siempre»¹¹.

El 30 de noviembre de 1511, fray Antonio de Montesinos pronunció en Santo Domingo el sermón de Adviento que pro-

vocaría la conversión de Bartolomé de las Casas. Era la primera vez que se alzaba en América una voz de denuncia contra la profunda deshumanización del indígena que implicaba el trato que se les daba en la colonia y la forma en que los españoles se relacionaban social y personalmente con ellos; cada una de las preguntas del padre Montesinos implicaba la denuncia de una privación que se había infligido a los nativos americanos. Cuando el fraile preguntó desde el púlpito si los indígenas eran hombres, si tenían almas racionales, no estaba formulando preguntas retóricas sino acusaciones contra una sociedad que percibía y trataba a los nativos como si *no* fueran seres humanos, como si *no* tuvieran alma racional.

La denuncia de Montesinos inició una corriente de redefinición de la naturaleza del indígena americano en la que se inscribirían las caracterizaciones de Bartolomé de las Casas. Con ella enlazarían las caracterizaciones más humanas de algunos textos del discurso narrativo del fracaso. Esta redefinición de la naturaleza del indígena se oponía, por una parte, a la caracterización del discurso mitificador, que privaba de humanidad a la figura del indígena, por reducción a la categoría de objeto, por identificación con lo monstruoso o por privación de responsabilidad y de libertad. Y también se opondría a toda una corriente de pensamiento que basaba la justificación de la conquista en una aplicación particular de la definición platónica del esclavo como cuerpo sin alma al indio americano, y en el desarrollo de los conceptos de *señor* y *esclavo* de la teoría aristotélica¹².

La construcción del sujeto americano que realizó Bartolomé de las Casas, dentro de esta corriente de oposición a la percepción articulada desde una ideología oficial, constituyó un primer intento de restituir al indígena la humanidad que le había

sido arrebatada desde las primeras descripciones y evaluaciones de Cristóbal Colón. En los textos de Bartolomé de las Casas, la caracterización del indígena se centra en un elemento fundamental: la inocencia. Todos los rasgos concretos que la integran se relacionan con esta idea central de inocencia edénica que, por una parte, explica todas las diferencias entre europeos y americanos y, por otra, se opone explícitamente a la corrupción y a la violencia que articulan, dentro del discurso de Las Casas, la caracterización del conquistador. Los tres rasgos fundamentales son la simplicidad, la mansedumbre y la confianza. A partir de estas tres cualidades básicas, Las Casas irá ampliando y enriqueciendo la caracterización del americano como «buen salvaje», centrándola siempre en la idea de inocencia, y construyéndola casi como inversión sistemática de la caracterización del conquistador. Dice Las Casas: «alcanzamos de su bondad natural, de su simplicidad, humildad, mansedumbre, pacabilidad, e inclinaciones virtuosas, buenos ingenios, prontitud o prontísima disposición para rescebir nuestra santa fe y ser imbuidos en la religión cristiana»¹³.

Las Casas no presenta su visión del indígena como una apreciación subjetiva, sino que se preocupa de autorizarla de dos maneras. En primer lugar, con una presentación etnológica de las costumbres de los habitantes de las Antillas que muestra los valores —superiores en muchos aspectos a los occidentales— que estas costumbres expresaban y por los que su sociedad se regía. En segundo lugar, Las Casas vincula esta organización social y cultural con la tradición de los «autores antiguos» y, más específicamente, con el mito de los *Seres*: «Y verdaderamente, para en breves palabras dar noticia de las buenas costumbres y cualidades de estos yucayos y gent de estas islas pequeñas ... no

hallo gentes ni nación a quien mejor los pueda comparar que a la que los antiguos y hoy llaman los Seres, pueblos orientales de la India, de quienes por los autores antiguos se dice ser entre sí quietísimos y mansísimos ... De todas estas calidades de los Seres, yo creo por cierto que, pocas o ningunas, carecían las gentes que habitaban naturales de los Lucayos; y si miráramos en aquellos tiempos en ello, quizás halláramos que en obras excedían a los *Seres*»¹⁴.

En su relación de los *Naufragios*, Álvar Núñez Cabeza de Vaca siguió la dirección iniciada por Montesinos y Las Casas, y creó una caracterización del indígena que, aunque menos idealizada y más objetiva e informada en muchos aspectos que la de Las Casas, recogía algunos de sus elementos fundamentales. A lo largo de su larga convivencia con los habitantes del sur del continente de Norteamérica, Álvar Núñez aprendería a conocer y comprender sus costumbres y cuestionaría, desde su relato, la equivalencia establecida por los textos del discurso mitificador entre *diferente* e *inferior*. Las descripciones de Álvar Núñez ofrecen la primera presentación detallada de la organización social y cultural de unos hombres *primitivos*, que no por primitivos dejan de ser hombres. Según él no son «gente de razón», es decir, civilizada, pero si son «gente bien acondicionada y aprovechada para cualquier cosa bien aparejada»¹⁵. En Las Casas, el desconocimiento de la religión cristiana definía a los indígenas como «simples»; en Álvar Núñez, el desconocimiento de la civilización occidental los define como «gente sin razón»; pero en ambos casos el desconocimiento se presenta como problema de aprendizaje, no como falta de humanidad. Los indígenas de Las Casas no saben porque son inocentes; los de Álvar Núñez no saben porque son primitivos. Aun así,

en los dos su humanidad aparece reafirmada explícitamente por una descripción de su civilización y valores, y un proceso de caracterización contrastada de indígenas y conquistadores cuyo resultado es con frecuencia el cuestionamiento de los valores de la civilización occidental y la afirmación de la superioridad de los valores humanos de los indígenas.

La voz de Bartolomé de las Casas se hizo escuchar en América y también en España, donde tendría un peso decisivo en la elaboración de las Nuevas Leyes de Indias promulgadas en 1543. Y el eco de la relación de Álvar Núñez se extendió por todo México a través de los sermones del obispo Zumárraga. Pero ni el clamor de Las Casas ni la comprensión de Álvar Núñez lograron cancelar el estereotipo del indígena creado por Colón, justificado por la corriente neor aristotélica de la ideología oficial y verificado cotidianamente en la realidad de explotación de las colonias americanas. Las Nuevas Leyes no mejoraron sustancialmente la situación de los indios ni cambiaron la percepción que tenía de ellos una clase de encomenderos cuyo enriquecimiento y prosperidad se basaba en la explotación despiadada de los nativos convertidos en esclavos y bestias de carga. Y basta mirar las declaraciones y proyectos de los numerosos rebeldes que se alzaron contra el rey, y los textos que integran el discurso narrativo de la rebelión, para comprender que ninguno de aquellos intentos de liberación de América de la soberanía española contemplaba la liberación del indígena de la explotación a la que se veía sometido. Las rebeliones del siglo XVI, desde Gonzalo Pizarro hasta Lope de Aguirre, expresaron una defensa de los intereses de la clase de los encomenderos, que pasaba por un proyecto de emancipación americana. Pero de ningún modo proponían una revolución social

que implicase la transformación de la percepción del indígena como siervo, bestia o mercancía, ni el fin de las condiciones de explotación que habían culminado ya, en algunos lugares, en su extinción total. Muy por el contrario: dada la situación de total dependencia en que se encontraban los encomenderos con respecto a la mano de obra indígena —a pesar de la introducción masiva de esclavos negros para compensar el descenso demográfico vertiginoso de la población indígena durante las primeras décadas de la conquista—, cualquier medida que pretendiera la liberación del esclavizado americano y el reconocimiento de su humanidad e igualdad social hubiera atentado de forma fundamental contra aquellos intereses y privilegios de la clase de los encomenderos que las sucesivas rebeliones se habían propuesto defender.

De hecho, en los textos del discurso narrativo de la rebelión, la caracterización del indígena se suele identificar casi exactamente con la que aparecía en el discurso colombino. A juzgar por el relato de las distintas expediciones, el lugar que ocupaban los indios en la escala social era todavía inferior al de los esclavos negros importados. El término que se utiliza para designar a los segundos es el de «negros», mientras que a los indígenas se los denomina sistemáticamente «piezas», recogiendo uno de los términos centrales de la caracterización deshumanizadora formulada por Cristóbal Colón. Al describir la situación de la expedición de Juan Vargas, dice Francisco Vázquez en su relación que «murieron tres hombres españoles, y muchas piezas», haciendo explícita la percepción de los segundos como animales. Más adelante, se refiere a la decisión de Aguirre de abandonar en uno de los pueblos del Amazonas «casi cien piezas ladinas y cristianas». Al narrar el episodio de la ejecución de

Diego Palomo y Pedro Gutiérrez, Vázquez vuelve a caracterizar a los indígenas utilizando el mismo término: «Aquí mató el tirano a dos soldados: el uno llamado Pedro Gutiérrez y el otro Diego Palomo, porque estando el uno ablando con el otro dijeron: “Las piezas nos dejan aquí; hágase lo que se ha de hacer”... y el Diego Palomo rogaba al tirano que por amor de Dios que no lo matara y lo dejase vivo con las piezas del Pirú que allí quedaban, que se haría hermitaño y las recogería y doctrinaría»¹⁶. En su proyecto de emancipación del Perú y creación de un reino independiente gobernado por una aristocracia de encomenderos, Aguirre preveía un lugar para los esclavos negros, pero en ningún momento se refirió a los indios, a quienes no vacilaría en abandonar sin víveres en cuanto dejaron de ser útiles o necesarios para la expedición. Y, aunque hay que suponer, a la vista de la naturaleza del proyecto de rebelión y emancipación de Aguirre, que sus promesas repetidas de liberar a los negros, «a los cuales decía que eran libres y que a todos los que se les juntasen había de dar libertad»¹⁷, tenían como único motivo la necesidad en que se encontraba el jefe de los marañones de recurrir a ellos por falta de otros seguidores, no deja de ser significativa la ausencia total de promesas hechas a los indígenas. Esta ausencia de referencias de Aguirre a los indígenas y al posible lugar que éstos ocuparían en su proyecto de emancipación, junto con el testimonio de Vázquez y de otros expedicionarios que señalan el modo en que Aguirre abandonaba a sus «piezas» a la primera oportunidad, indican hasta qué punto el término usado de forma consistente para caracterizarlos en los textos de este último discurso no era una simple forma vacía de contenido, sino que expresaba una percepción generalizada del nativo americano como bestia, inferior a los mismos esclavos.

vos negros, e implicaba la perpetuación de la percepción expresada por Colón en su discurso mitificador.

Por otra parte, la represión de las rebeliones como la de Aguirre por parte de la Corona tuvo como resultado fundamental el fortalecimiento del poder central y una cierta limitación de los privilegios enormes de los encomenderos. Pero el cambio de situación legal de los nativos, que pasaban, por la aplicación final de las Nuevas Leyes, a depender de la Corona, no se tradujo ni en un cambio de percepción de su naturaleza por parte de la clase dominante ni en una transformación de la situación objetiva de explotación intolerable en que se encontraban.

En el contexto ideológico de una percepción generalizada del habitante del Nuevo Mundo como objeto, pieza o siervo, y de una tradición narrativa que, desde el discurso mitificador, partía de su caracterización como mercancía para culminar en la humanización que implicaban las figuras del primitivo «sin razón» de Álvar Núñez y del «buen salvaje» de Bartolomé de las Casas, cobra una importancia fundamental la construcción del sujeto americano realizada por Alonso de Ercilla en *La Araucana*.

El protagonismo concedido por Ercilla al pueblo araucano, dentro de su poema épico sobre la conquista de Chile, y la forma en que éste desarrolla una caracterización de los nativos extraordinariamente positiva y admirativa ha dado pie a una larga tradición polémica entre los críticos que se han dedicado al estudio de la obra¹⁸. Fernando Alegría resume con humor lo que ha sido la actitud más común de la crítica oficial española con respecto al poema desde el momento de su aparición: «Parece que la crítica española ha buscado por siglos un poeta épi-

co que supere a Ercilla con el objeto de evitarse el bochorno de presentar como la mejor epopeya española un poema al que los preceptistas niegan el carácter de epopeya y del que los españoles mismos sienten que no les pertenece totalmente»¹⁹. El comentario de Alegría apunta los dos aspectos en los que *La Araucana* ha sido, desde su aparición, una obra problemática y conflictiva. Por una parte el aspecto estético, que originó toda la polémica en torno a la definición genérica del poema, su relación con la épica clásica y con la epopeya renacentista, las influencias de Boyardo, Ariosto y Tasso, y las mil maneras en que Ercilla siguió a veces, e infringió con frecuencia, las reglas de composición, estructura y caracterización que los preceptistas definieron como propias del género. Y, por otra, el aspecto ideológico que, aunque en la mayoría de los casos no era identificado abiertamente como tal, estaba en la base de la incomodidad y extrañamiento de tantos críticos españoles que sentían que el poema no «les pertenecía», así como de muchos de los reparos y críticas de carácter estético que se han expresado tradicionalmente (desde España y desde América) sobre un poema cuya forma atípica expresa una visión coherente, aunque *diferente* y, por ello, con frecuencia mal analizada y comprendida.

El problema de la construcción del sujeto americano está en el centro mismo del carácter polémico que ha presentado para la crítica tradicional *La Araucana*. Estéticamente, la caracterización de los araucanos infringe dos reglas fundamentales de la épica tradicional: la que prescribe que la acción aparezca centrada en, y dirigida por, un héroe representante de los valores triunfadores, y la que manda que la caracterización de acción y personajes se subordine al ensalzamiento del ban-

do vencedor. Ni la crítica española oficial más reacia ha podido negar que en *La Araucana* nos encontramos con una estructura narrativa y de caracterización que hace casi exactamente lo contrario. En ella, el nativo aparece glorificado y ensalzado por un narrador cuya admiración por los vencidos no decae a lo largo de todo el poema. Y, por añadidura, el bando vencedor no sólo no es ensalzado sino cuestionado y, a veces, abiertamente criticado por una caracterización que va desde el anonimato hasta la caricatura.

El pueblo araucano, colectivizado unas veces e individualizado otras (como en los numerosos retratos individuales de personajes representativos de ese pueblo: Caupolicán, Tucapel, Rengo, etc.), no sólo ocupa un lugar prominente en *La Araucana* sino que su caracterización constituye uno de los dos ejes estructurales en torno a los cuales se organiza toda la obra. El otro es el de la articulación y desarrollo de la caracterización del narrador. Pero conviene comenzar por el análisis de los elementos que componen la caracterización de los araucanos dentro del poema, antes de intentar analizar y demostrar la importancia y las implicaciones estéticas e ideológicas de la construcción del sujeto americano que crea Ercilla en su poema. La caracterización comienza al principio del primer canto con un breve resumen de sus cualidades sobresalientes. Habla Ercilla:

la gente que produce es tan granada
tan soberbia gallarda y belicosa
que no ha sido por rey jamás regida
ni a extranjero dominio sometida²⁰

Estos cuatro versos introducen la mayoría de los elementos fundamentales que irán articulando el desarrollo de la caracterización: el orgullo, la belicosidad, la gallardía y una inquebrantable voluntad de independencia. Y, simultáneamente, definen, de entrada, la actitud del narrador en relación con su presentación del pueblo araucano, porque si es posible argumentar el contenido neutro de los adjetivos *soberbia* y *belicosa*, la valoración positiva que se expresa en la elección de dos términos con connotaciones admirativas tan claras como son *gallardía* y *granada* es insoslayable. Por otra parte, la importancia de esta primera caracterización y el hecho de que, aunque breve, no se trata de una nota ornamental o de alguna manera secundaria, se expresa con claridad en el hecho de que se presenta precisamente en la primera estrofa de *La Araucana* propiamente dicha —es decir, el inicio de la narración— una vez concluida la introducción general con la que estructuralmente se inicia cada canto.

La primera caracterización física de los araucanos se da también dentro de este primer canto y se centra en una cualidad fundamental: la fuerza. La fuerza física de los araucanos es uno de los rasgos de caracterización sobre los que Ercilla insiste con mayor frecuencia a lo largo del poema. Pero conviene detenerse sobre el significado que reviste esta fuerza extraordinaria desde el momento en que aparece como rasgo fundamental. La fuerza y violencia física de los araucanos son, por una parte, cualidades que los definen como hombres excepcionales en relación con la guerra, que es el marco de toda caracterización masculina dentro del poema. Pero, por otra, constituyen un signo de armonía natural y expresan una percepción del indígena como encarnación de la naturaleza de América. Son, dice Ercilla:

... de gestos robustos, desbarbados
bien formados los cuerpos y crecidos
espaldas grandes, pechos levantados,
recios miembros de nervios bien fornidos,
ágiles, desenvueltos, alentados,
animosos, valientes, atrevidos,
duros en el trabajo, sufridores
de fríos mortales, hambres y calores²¹.

La descripción es la expresión perfecta de una estética bélica. Los elementos seleccionados por Ercilla componen un retrato del modelo del guerrero y constituyen la suma de todas sus cualidades óptimas. Pero hay que señalar que este retrato, que define al araucano como guerrero ideal, se presenta dentro del canto enmarcado por dos estrofas que puntualizan de forma clara su significado. Viene introducido por una descripción del destino y naturaleza de la tierra araucana —«hado y clima», dice Ercilla— que determinan la condición feroz e independiente de esos hombres. Y concluye, en la estrofa siguiente, con la definición de esta «gente libertada» como representación misma de libertad e independencia.

Esta primera definición del araucano como personificación de la libertad tiene una importancia fundamental que se irá analizando aquí progresivamente. Pero el marco en que se integra esta definición es la primera descripción de la naturaleza chilena, y la descripción física de los indígenas como encarnación de esa naturaleza cuyas cualidades de fiereza, reciedumbre y violencia duplican, y este hecho es fundamental. La presentación de los rasgos físicos y morales específicos de la caracterización como proyección de la naturaleza de la tierra america-

na implica y subraya la existencia de una armonía natural entre el hombre y su medio. Y esta afirmación de armonía supone una transformación cualitativa de la perspectiva desde la cual se caracteriza lo americano. El Hidalgo de Elvas²² había bordeado una perspectiva dual al señalar repetidamente la inadecuación de los españoles al medio americano y al presentarlos como verdaderos inútiles ante una realidad natural que no conocían ni controlaban; pero no por ello dejaba de presentar a los indígenas como salvajes bestializados; Hernán Cortés había acabado por evaluar a los habitantes de México en relación con el entorno en que se integraban, especialmente a partir de la Tercera carta de relación. Pero Ercilla va mucho más lejos y es el primero que, en *La Araucana*, intenta construir una caracterización de los nativos que los evalúa desde una perspectiva que se quiere exclusivamente americana. Desde esta primera caracterización, el araucano no se define por la *carencia* de unos valores y una concepción del mundo occidentales, sino por la presencia de rasgos y cualidades que lo presentan como encarnación de la naturaleza diferente de la realidad americana. El sujeto americano no se construye en función de un contexto occidental, que ignora o distorsiona su verdadera naturaleza, sino en relación con el medio natural del que procede y en el que se revela el significado de su verdadera identidad. Reintegrado de ese modo al marco americano que le es propio y con el que armoniza, el araucano deja de ser siervo, pieza u objeto, para convertirse en modelo de una aristocracia natural que encarna los mejores valores y las mejores cualidades que requiere el marco natural y social en el que se desarrolla su existencia.

La liquidación implícita de la perspectiva etnocéntrica que se lleva a cabo dentro de las estrofas que acabo de citar es el

punto de partida de toda la construcción del sujeto americano que se desarrolla dentro de la obra. Apoyándose fundamentalmente en retratos, descripciones de la acción, dramatizaciones de valores fundamentales, comparaciones, parlamentos indígenas y, a veces, juicios o evaluaciones explícitos pronunciados por el narrador o por algún otro personaje, Ercilla irá articulando la primera representación mítico-literaria del americano como ser superior y libre.

El centro de la acción de *La Araucana* es la guerra, y el primer aspecto de la caracterización se relaciona con ella. La caracterización del araucano como guerrero excepcional se centra en dos cualidades fundamentales: la violencia y el valor. La violencia se expresa en series de adjetivos que se organizan en torno a dos elementos fundamentales: el primero es la fuerza física y el segundo la agresividad. La primera serie incluye la utilización reiterada e insistente de adjetivos como *robustos, gigantes, crecidos, fuertes*, etc. La segunda incluye *bravos, audaces, feroces, atrevidos, valientes* etc. Ercilla multiplica las descripciones directas de la fuerza física de los araucanos, y, por si éstas no bastaran, las complementa con la reiteración de estas mismas cualidades a través de su presentación de dos tipos de acción fundamentales: las batallas y los desafíos. El primero es colectivo y muestra esa fuerza física en una acción en la que degüella, rompe, cercena, desmiembra y desbarata una y otra vez al enemigo. El segundo es individual y muestra las mismas cualidades encarnadas en uno o varios hombres representativos. El duelo entre Tucapel y Rengo es quizás el ejemplo más hiperbólico de esa representación de la fuerza física y de la agresividad del araucano.

El segundo elemento de la caracterización del araucano como guerrero excepcional es el valor. El valor es el núcleo de

la filosofía araucana. Toda forma de honor y toda conciencia de la propia identidad se centran en él. Ser araucano y ser valiente son términos que aparecen totalmente identificados en la concepción del mundo que éstos tienen, y la falta de valor implica, además de la pérdida del honor —cosa que también sucedía en el contexto ideológico español—, la pérdida de la propia identidad cultural. El araucano no sólo es valiente sino que se define como araucano, por oposición a todos los otros pueblos americanos o europeos, precisamente por ese valor que alcanza dimensiones míticas. Todos y cada uno de los personajes araucanos individualizados demuestran una y otra vez su valor extraordinario. Lautaro, que será el mayor héroe de la primera parte de *La Araucana*, accede a esa categoría a raíz de un acto de valor que lo lleva a desafiar el decreto de la propia Fortuna: son su «valor y esfuerzo» sobrehumanos los que consiguen revocar la decisión de la Fortuna de conceder la victoria a los españoles en la batalla que se narra en el canto III. En la narración del episodio del madero, por otra parte, la propuesta de Colocolo se presenta como solución pacífica a la lucha por el poder entre los principales jefes araucanos que no consiguen ponerse de acuerdo «sobre cuál era el más valiente/y digno del gobierno de la gente». De nuevo se presenta el valor como cualidad fundamental, y el grado en que se posee determina el prestigio del sujeto dentro de la sociedad araucana.

La caracterización del araucano se levanta sobre la presentación de su capacidad para la violencia, y esta capacidad se concreta en la fuerza física, la agresividad y el valor, que se convierten en los rasgos centrales dentro de esa caracterización. Pero la presentación de la violencia, como centro de la caracterización del araucano que crea Ercilla en su poema, no con-

nota una idea de bestialización o de barbarie sino que, por el contrario, esta violencia aparece integrada de varias maneras en un contexto que la hace asimilable a la civilización. El marco fundamental de integración de la violencia araucana es el concepto del honor, al que recurre el poeta una y otra vez para explicar el uso de la violencia por parte de los araucanos. La importancia del honor se dramatiza a través de numerosos episodios de apuestas, duelos y desafíos que se narran en *La Araucana*, episodios que tienen en común precisamente el hecho de centrarse en una alternativa de pérdida o ganancia del honor. En la confrontación del madero, por ejemplo, lo que se decide es quién será el próximo gobernante de Arauco, pero todo el ritual del concurso presenta caracteres que lo ligan abiertamente a un modelo de representación caballeresco en el cual lo que está verdaderamente en juego no es tanto la adquisición del poder como la confirmación del propio honor que aparece —tanto en el contexto araucano como en el caballeresco— ligado al valor personal. La pugna entre Tucapel y Rengo, que se prolonga a lo largo de las tres partes de *La Araucana*, expresa igualmente la importancia del honor, y las provocaciones que se cruzan ambos antes de enfrentarse públicamente subrayan explícitamente que el honor es lo que de veras está en juego en el desafío que los enfrenta. Toda la retórica de la provocación de Tucapel y del resumen que hace de las diferencias que ha tenido con el tío de Rengo presentan el honor en el centro de la cuestión²³. La celebración de la victoria, que narra Ercilla en el canto X, dramatiza igualmente la importancia del honor entre los araucanos, y los desafíos que se suceden entre los guerreros más destacados disputan sin duda el premio ofrecido (el alfanje, la celada, el lebrél, el arco y el caballo), pero de nuevo

lo que está en juego en esa lucha por conseguir un premio, que es en todos los casos símbolo de los atributos del guerrero, es el honor de los contendientes, igual que en cualquier torneo o justa caballeresco medieval.

El ejercicio de la violencia aparece, a través de una construcción narrativa que lo liga al honor, justificado e integrado en un sistema de valores que enlaza directamente con el sistema de valores del modelo caballeresco medieval. En este contexto ideológico, que Ercilla asimila a una sociedad guerrera como la araucana, la violencia y la agresividad no se presentan como formas o signos de bestialidad, sino como expresión del propio valor y de la propia dignidad dentro de un marco de confrontación permanente que define el uso de la fuerza como algo necesario e insoslayable. Y esta integración humanizadora de la violencia araucana, que la subordina a unos valores ideológicos no muy distintos de los del contexto occidental, se completa dentro de *La Araucana* con un segundo mecanismo legitimador: el de la atribución de las mismas formas de violencia a los integrantes y representantes del bando español, donde, de nuevo, la violencia aparece ligada al concepto del honor. La violencia y la agresividad son iguales en los dos bandos, y si el guerrero araucano «rompe, magulla, muele y atormenta/desgobierna, destroza, estropea y gasta»²⁴, los españoles «hieren, dañan, tropellan, dan la muerte / piernas, brazos, cabezas cercenando»²⁵. La función estructural del personaje de Andrea es precisamente la demostración de esa generalización de formas de violencia que, dentro de *La Araucana*, no suponen una caracterización negativa de los que la ejercitan. Araucanos y españoles son violentos, feroces, agresivos y destructores, y, en el marco narrativo de la confrontación entre ambos, el que supera en estas cuali-

dades a su adversario no queda caracterizado como el hombre más bestial sino como el mejor guerrero; y éste es generalmente el araucano. Andrea duplica dentro del bando español la caracterización guerrera del araucano, cuyas cualidades centrales ejemplifica del mismo modo que Tucapel o Rengo; y la actuación de los españoles en la confrontación de cada batalla corresponde exactamente a la furia destructora de los guerreros araucanos, quienes, en virtud de esa equivalencia, dejan de ser categorizados como bárbaros o bestias sobre la base de la violencia que los caracteriza.

La humanización de la violencia araucana, que —a través de un proceso de subordinación a valores socialmente aceptados, como el honor, y de su presentación como forma de relación inevitable en el contexto de la confrontación bélica entre araucanos y españoles— deja de aparecer como signo de bestialidad para convertirse en cualidad personal y social positiva, no es el único proceso mediante el cual Ercilla va articulando su definición y presentación del hombre araucano como representante de una cultura y una civilización diferentes. La caracterización personal de individuos representativos y la caracterización bélica de la colectividad se complementan dentro del poema con la presentación de la organización social que han creado y de los valores que ésta expresa. Se trata de una sociedad guerrera de la que dice Ercilla: «Venus y Amor aquí no alcanzan parte/solo domina el iracundo Marte»²⁶, pero dotada de una compleja organización militar, social y política, cuya descripción ocupa una buena parte del primer canto del poema.

Es una organización de tipo feudal: Arauco está regido por dieciséis caciques y señores cuyo prestigio viene de que son «en militar estudio los mejores / que de bárbaras madres han naci-

do» y «por valientes / son estos en mandar los preeminentes»²⁷. Desde el primer momento de la descripción se afirma la naturaleza heroica de los valores centrales de esa sociedad guerrera: el valor y el talento militar. Cada cacique posee unos vasallos a los que tiene la obligación de educar militarmente, recibiendo a cambio servicio militar de ellos —conforme al modelo feudal tradicional—, siempre que la ocasión lo requiera. El carácter guerrero de la sociedad araucana se manifiesta en la educación de los hijos, que son adoctrinados en todo lo necesario para convertirlos en guerreros excelentes, y cuya capacidad militar determinará, más tarde, el lugar que ocuparán en la sociedad:

Y desde la niñez al ejercicio
los apremian con fuerza y los incitan
y en el bélico estudio y duro oficio
entrando en más edad los ejercitan;
si alguno de flaqueza da un indicio
del uso militar lo inhabilitan
y el que sale en las armas señalado
conforme a su valor le dan el grado²⁸.

Los guerreros más destacados constituyen una verdadera aristocracia dentro de la sociedad, aristocracia que no es hereditaria sino ganada por los méritos del guerrero. Es «la virtud del brazo y la excelencia» lo que «hace a los hombres preferidos» y lo que «quilata el valor de la persona». En esa sociedad, los guerreros están exentos de trabajos manuales y de cualquier otro tipo de servicio que no sea el del ejercicio militar, y las labranzas y otros trabajos están reservados a «la gente baja». El grado de sofisticación de la sociedad guerrera araucana se mani-

fiesta en la variedad y perfección de las armas que ha sabido crear —cuya detallada enumeración expresa dentro del poema un grado de civilización considerable—, en la complejidad y variedad de tácticas y estrategias militares en las que se concreta el arte de la guerra, y en la arquitectura de los fuertes, rodeados de empalizadas y fosos, que construyen para defenderse²⁹. El poder jurídico y legal está en manos de un senado integrado por los caciques y señores del estado. Ellos son los que toman todas las decisiones políticas, que luego comunican a «la gente común y de canalla». Finalmente, esta sociedad tiene también una religión que no se centra en la figura de Dios, sino en la de Eponamón, a quien convocan y con el que se comunican en sus ritos, y posee asimismo todo un sistema de hechiceros y augurios que utilizan para adivinar el porvenir.

La caracterización de Arauco que ofrece Ercilla presenta una realidad política y social distinta de la occidental del siglo XVI, pero asimilable a ella en sus valores básicos. La diferencia entre valores centrales que se expresan en la sociedad araucana y los valores de cualquier sociedad guerrera europea es una diferencia de grado y de momento de desarrollo, no de calidad, y en los casos en los que la diferencia es irreductible —el de la religión, por ejemplo— Ercilla relativizará ambos términos de la comparación en lugar de adoptar una postura etnocéntrica que descarte de forma global el valor cultural del elemento diferente, aun señalando el error de la concepción araucana³⁰. En otros casos de diferencia irreductible, el narrador no vacila en pronunciarse explícitamente para explicar, desde una perspectiva americana, el significado real de actitudes o comportamientos que desde la óptica occidental pueden parecer simplemente bárbaros, como en el caso de su explicación del vacío

de poder y la lucha por obtenerlo que se desarrolla entre los caciques araucanos, o en el del episodio del madero donde, a la objeción previsible que Ercilla anticipa en el público español («pues en razón no cabe que un senado / de tan gran disciplina y pulicia / pusiere una elección de tanto peso / en la robusta fuerza y no en el seso»)³¹, se apresura a responder señalando que la prueba del madero es una estratagema dictada por la prudencia del sabio Colocolo para evitar las luchas fratricidas por el mando, en ausencia de Caupolicán.

La organización de la sociedad araucana se centra en la guerra, pero su funcionamiento se rige por la ley. En la larga galería de retratos individuales de araucanos que crea Ercilla se encuentran algunos que, como Tucapel o Rengo, representan la pura fuerza bruta. Pero esta fuerza bruta aparece siempre controlada por la ley que representa el senado, por la inteligencia y prudencia de otros personajes que unen la dimensión política a la militar (Caupolicán y Lautaro, principalmente), y por la autoridad que representa la sabiduría encarnada en personajes venerables y respetados como Colocolo. De este modo, la violencia aparece integrada en un marco social y humano que la diferencia de la brutalidad y la transforma en valioso instrumento, en atributo del guerrero y en piedra de toque que «quilata el valor de la persona». Y en el contexto de esta integración, las interminables descripciones del ejercicio y los efectos de la fuerza y violencia de los araucanos, que encontramos en desafíos individuales y colectivos, batallas y enfrentamientos de todo tipo, no expresan una visión del indígena como bestia salvaje, sino una percepción del araucano como miembro y representante de una nación que supera en virtudes guerreras a todas las demás, y a favor de la cual dice el propio Erci-

lla, «que ... cotejado / el valor de las armas y excelencia / es grande la ventaja y diferencia»³².

La figura del guerrero araucano es el centro de la construcción del sujeto americano dentro del poema, y, en relación con ella, el lugar que ocupan las caracterizaciones femeninas es secundario. A la caracterización individualizada de Guacolda, Tegalda, Glaura, Lauca y Fresia, hay que añadir un par de descripciones colectivas de mujeres indígenas, y el episodio de Dido, que, aunque no se centra en torno a una figura araucana, aparece ligado por todos sus elementos centrales a la caracterización de las cinco heroínas araucanas del poema. Hay una diferencia cualitativa entre la imagen que presentan las descripciones colectivas y la de los retratos individuales. Las primeras presentan una caracterización de la mujer araucana que enlaza directamente con la de los hombres y se organiza sobre las virtudes guerreras. Ercilla subraya explícitamente el carácter varonil de esta primera caracterización de las mujeres «a quien la rueda es dada», pero que en la batalla:

con varonil esfuerzo los seguían...
el mujeril temor de sí lanzando
y de ajeno valor y esfuerzo armadas
toman de los ya muertos las espadas...
de medrosas y blandas de costumbre
se vuelven temerarias homicidas³³.

Los versos citados pertenecen a la primera caracterización femenina del poema y ponen en evidencia un problema del que el poeta es claramente consciente. La caracterización realista de la mujer araucana como guerrera es inasimilable al contexto esté-

tico occidental, en relación con el cual aparece como inversión de los elementos de caracterización del modelo literario femenino aceptado. Éste prescribe un sujeto femenino que se apoya en las cualidades que simboliza la rueda frente a la violencia de las armas, que se asocia siempre con el estereotipo masculino. La caracterización de la mujer que se articula en torno a los mismos atributos que hacían del hombre araucano un modelo la convierte en monstruo incomprensible para la cultura occidental. Desde esta perspectiva cultural, la imagen de unas guerreras que «no sienten los pechos al correr ni las crecidas / barrigas de ocho meses ocupadas / antes corren mejor las más preñadas»³⁴ no es heroica, sino antiestética y bárbara. El hecho de que ésta sea la última vez que el poeta intenta una caracterización realista de las mujeres araucanas —organizada en torno a los mismos valores que la masculina—, junto con el modo en que, a través de la adjetivación, subraya el carácter antinatural —«ajeno»— de su comportamiento, revelan hasta qué punto Ercilla era consciente del problema que planteaba la desviación con respecto al modelo femenino aceptado que representaba esta forma de caracterización. Y revela también algo más importante: que el verismo y el realismo no eran los criterios fundamentales que organizaban sus procesos de caracterización de personajes, procesos que —como se verá más adelante— aparecen subordinados a un proyecto que poco tiene que ver con el de descripción historiográfica o etnográfica de los araucanos.

De los cinco retratos individuales de mujeres araucanas que encontramos en el poema, sólo hay uno que conserva elementos de esta primera caracterización (el de Fresia), pero éstos aparecen diluidos en una retórica que los hace mucho más asimi-

lables desde una perspectiva europea. Los otros cuatro presentan un carácter totalmente diferente, y enlazan con los modelos femeninos de la tradición literaria occidental, cuyos valores y elementos centrales recogen³⁵. Si la figura del guerrero araucano enlazaba con la del caballero medieval, a través del concepto del honor, y se centraba en torno a las virtudes guerreras fundamentales (fuerza física, valor personal, talento militar, etc.), la figura de la mujer araucana que proyectan los cinco retratos de heroínas enlaza con la «dama» de la literatura caballeresca y se articula en torno a los mismos valores fundamentales. La caracterización de los personajes masculinos aparecía organizada en relación con la guerra. La de los personajes femeninos se organiza, en primer lugar, en relación con el amor. La primera presentación de Guacolda la define en función de su amor por Lautaro. Es:

la bella Guacolda enamorada
a quien él de encendido amor amaba
y ella por él no menos se abrasaba.

El amor es también el centro de la caracterización de Tegualda, de quien se pregunta el poeta: «¿Quién de amor hizo prueba tan bastante? / ¿Quién vio tal muestra y obra tan piadosa / como la que tenemos hoy delante / desta infelice bárbara hermosa?». Se trata, por otra parte, de un amor y unas relaciones amorosas que se caracterizan de acuerdo con todas las reglas de representación del modelo caballeresco tradicional y que recogen todos los motivos típicos de ese modelo. En la narración de Tegualda encontramos el personaje de la princesa bella y arrogante que rechaza a todos los pretendientes, el torneo al

que acuden los más valerosos y distinguidos del reino a competir por su favor, la aparición del desconocido que los vence a todos y del que se enamorará perdidamente Tegualda y la entrega de premios (guirnalda y anillo) para sellar la fe de una relación amorosa que aparece caracterizada de acuerdo con los términos tradicionales de la relación entre caballero y dama. Nada diferencia a Crepino de los caballeros de la tradición de las «historias mentirosas» cuando formula el modelo de relación amorosa propio de esa tradición en los siguientes términos:

... Señora una merced te pido
sin haberla mis obras merecido:
que si soy extranjero y no merezco
hagas por mí lo que es tan de ti oficio,
como tu siervo natural me ofrezco
de vivir y morir en tu servicio.

Ercilla relaciona cada episodio centrado en un personaje femenino con el amor y con la necesidad de cambiar el lenguaje de Marte por el de Venus. Y la relación constante entre mujer y amor —paralela a la no menos constante entre hombre y guerra— reafirma implícitamente los términos de una tradición literaria que designa el amor como el espacio privilegiado de la caracterización femenina. Los rasgos del modelo femenino tradicional (belleza, dulzura, castidad, fidelidad, etc.) se relacionan todos con el papel asignado por esa tradición a la mujer dentro de la relación amorosa, donde cobran significado su personalidad y existencia.

Sin embargo, dentro de *La Araucana* hay todavía otro elemento que organiza la caracterización de la mujer y que, si bien

se relaciona con el amor, es distinto de él. Se trata de la honra. Si el binomio amor / fidelidad constituía el primer eje central de la caracterización de las heroínas araucanas, el segundo lo forma el binomio honra / castidad. La primera enlazaba dicha caracterización con la tradición caballeresca medieval, el concepto del amor cortés y la idea del «amor más poderoso que la muerte» característica de esa misma tradición. La segunda la relaciona con una problemática mucho más contemporánea: la de la honra, cuya expresión culminaría en los dramas de honor como forma literaria. El episodio de Glaura se articula en torno a esta problemática de la cual el propio Ercilla dice: «... una ficción impertinente / que destruye una honra es bien oída», resumiendo la popularidad de que gozaba el tema de la honra, en su preámbulo a la defensa de Dido. El carácter literario de la intercalación de Glaura se hace evidente desde la primera estrofa, que ofrece un retrato de Glaura que es una suma de todos los criterios estéticos y de la retórica descriptiva de la época:

Era moxacha grande, bien formada
de frente alegre y ojos extremados
nariz perfeta, boca colorada,
los dientes en coral fino engastados
espaciosa de pecho, y relevada,
hermosas manos, brazos bien sacados
acrecentando más su hermosura
su natural donaire y apostura³⁶.

Partiendo de esta caracterización, el episodio narra la historia personal de Glaura como una sucesión de luchas por preser-

var la propia honra frente a los más diversos, y a veces pintorescos, ataques. El primer ataque es el del tío de Glaura, «que ingrato al hospedaje del amigo / del deudo y deuda haciendo poca cura / me comenzó de amar y buscar medio / de dar a su cuidado algún remedio». Glaura se defiende de sus deshonestas proposiciones con la retórica mas subida, diciendo: «... Oh malvado / incestuoso, desleal, ingrato / corrompedor de la amistad jurada / y ley de parentesco conservada...» y, ante su rechazo, Freolano se arroja en medio de la batalla, donde muere en el acto. El segundo ataque corre a cargo de unos negros que, al encontrarla perdida en el bosque, intentan violarla. Cariolán la salva de este paso, pero no sin que antes haya tenido tiempo Glaura de formular sus ideas sobre la importancia extrema de esa honra que se ve continuamente tan a punto de perder:

Fui dellos prestamente despojada
de todo cuanto allí venía vestida
aunque yo, triste, no estimaba en nada
el perder los vestidos y la vida
pero el honor y castidad preciada
estuvo a punto ya de ser perdida³⁷.

Y cuando Cariolán acaba de rematar al último atacante, Glaura puntualiza que —de acuerdo con las reglas del drama de honor— ha recuperado su honra tras lavar la afrenta en sangre, tal y como está mandado. El núcleo dramático del episodio lo constituye la escena del intento de violación, pero, concluida ésta, la preocupación por la honra sigue siendo el centro de la caracterización del personaje femenino, que afirma haberse casado con Cariolano porque estaba «medrosa de andar en opiniones / que

es ya dolencia de honra y ruin indicio»; y que, desde que éste la dejó escondida en el bosque porque temía «mucho más mi deshonor que su muerte», vaga por los alrededores del campo español escondida «por el honor que mal me le asegura / mi poca edad y mucha desventura»³⁸.

Dentro del poema, la importancia de los rasgos centrales de la construcción del sujeto femenino se refuerza con la narración del único episodio intercalado que se centra en la figura de una mujer no araucana: la historia de Dido. El personaje de Dido es el modelo implícito sobre cuyo patrón se dibujan las caracterizaciones de las heroínas americanas de *La Araucana*, que comparten con él los rasgos fundamentales: «firme amor», «gran perseverancia», castidad y honra. En la caracterización de *La Araucana*, Dido sobresale por su astucia y su prudencia, pero el eje del personaje no son estas virtudes, sino la fidelidad al marido muerto, la castidad irreductible y el sentido de la honra. Lo que hace memorable a esta Dido es su determinación de «... acabar la vida miserable / primero que mudar la fe inmutable». Entre volverse a casar, traicionando su fidelidad al primer esposo, y morir, Dido escoge «derramar su limpia sangre», abriéndose con un puñal «el casto pecho». El uso de estos dos términos (limpio y casto) enlaza estilísticamente con la expresión literaria típica del concepto de la honra propio de la sociedad española de los siglos XVI y XVII y, simultáneamente, corresponde con toda precisión a la actitud que expresan con respecto a esta cuestión las heroínas araucanas de la obra. Y esta correspondencia exacta entre rasgos de caracterización y valores occidentales apunta ya al problema fundamental que presentan los procesos de caracterización de personajes indígenas dentro de la obra de Ercilla.

Enlazando con el modelo encarnado por Dido, la caracterización de las heroínas araucanas se construye dentro del poema por medio de una transposición sistemática de los valores ideológicos de la sociedad española y de acuerdo con las reglas y convenciones de caracterización de la figura femenina propias de la tradición literaria occidental. Siguiendo fielmente las convenciones de representación de la figura femenina prescritas por esta tradición, la caracterización de cada una de las mujeres araucanas aparece articulada en torno a los valores fundamentales que esa tradición asocia con la figura de la mujer. Guacolda es el prototipo de la mujer enamorada, y su caracterización como tal retoma la retórica y los motivos de la tradición de la lírica italiana renacentista; la historia de Tegualda se estructura siguiendo el modelo de representación caballescaca, y su figura duplica el modelo de la dama enamorada propio de esa tradición; Glaura encarna en su caracterización toda una problemática social centrada en la castidad, la honra y la afrenta de honor —característica de la España de la época— que su historia dramatiza; Lauca aparece caracterizada en su breve aparición como el prototipo de la mujer fiel, enlazando con otro de los valores centrales que se asocian a la figura de la mujer dentro del contexto cultural e ideológico de la época. Y Fresia, que es la única cuya caracterización conserva alguno de los elementos de la violencia y el carácter heroico que organizaban la primera y problemática representación de las mujeres araucanas³⁹, aparece vinculada a los valores de la misma tradición occidental de representación de la figura femenina, a través de unos parlamentos de subida retórica que reafirman —en el mejor estilo y más elevado tono— todos los tópicos literarios e ideológicos del momento.

Dejando al margen la cuestión tan debatida por la crítica —y secundaria para el problema que pretendo analizar— de si efectivamente existió o no una araucana llamada Guacolda, de si Ercilla inventó o no la relación entre Tegalda y Crepino, o de si el encuentro del narrador con la malherida Lauca fue imaginación o sucedió realmente⁴⁰, lo que el análisis de la caracterización de todas las figuras femeninas de *La Araucana* revela es un proceso de idealización de acuerdo con los modelos literarios e ideológicos de la época que las transforma en creaciones ficcionales. Lia Schwartz resume con gran claridad lo fundamental del carácter literario que presenta la figura femenina dentro del poema de Ercilla: «Ercilla deja a un lado aquí la intención documental y crea figuras literarias que se inspiran en personajes y episodios del *Orlando Furioso* de Ariosto. Guacolda, Tegalda, Glaura, son seres ficticios que actúan bajo nombres aparentemente indios, en un ambiente idealizado que nada tiene en común con la naturaleza de Chile. Los personajes se expresan en una lengua elaborada y retórica, y se ven envueltos en aventuras de tono literario que no responden a la realidad histórica»⁴¹. Schwartz señala dos puntos adicionales que tienen gran importancia: la subordinación de la presentación de la naturaleza y la del lenguaje a la caracterización idealizada de los personajes femeninos. Y, aquí habría que añadir, masculinos. Porque Ercilla no se aparta de la «intención documental» sólo en el caso de las caracterizaciones femeninas. También los personajes araucanos masculinos aparecen idealizados y mitificados; lo que sucede es que, en el caso de los hombres araucanos, esa mitificación resulta menos llamativa porque se apoya principalmente en un proceso de magnificación de cualidades reales (valor, fuerza, arrogancia) que

no supone una transformación cualitativa equivalente a la que convierte a la india guerrera del canto X en la dama renacentista de las intercalaciones.

Si la idealización de las mujeres se concreta en una caracterización que elimina cualquier rasgo real y lo sustituye por los elementos convencionales del modelo literario occidental, la idealización de los hombres se concretará, por una parte, en la magnificación de sus cualidades guerreras, que adquieren en el poema dimensiones míticas, y, por otra, en la atribución de una filosofía y unos valores que enlazan con el modelo caballeresco y que se formulan dentro del texto en una serie de parlamentos de jefes araucanos cuya retórica los españoliza, enlazando su figura con una tradición de representación del héroe claramente europea. A diferencia de lo que sucede con las mujeres, la caracterización de los araucanos se organiza en torno a unas cualidades físicas y morales que expresan su armonía con el medio natural americano y que han hecho de ellos el pueblo guerrero más temido y respetado de toda América. (El poeta subraya el carácter perfectamente real de ese prestigio guerrero de los araucanos en el primer canto, enumerando cuidadosamente la lista de los pueblos más sobresalientes que han sido derrotados o dominados por ellos; lista que se cierra, precisamente, con los propios españoles.) La idealización de la caracterización ficcional de los araucanos se concreta en el *modo* en que aparecen representadas dentro del poema esas cualidades reales y los valores fundamentales del pueblo araucano. Las cualidades específicas (fuerza física, valor, resistencia e independencia) se enmarcan en una superestructura ideológica que las integra ficticiamente en el contexto occidental, a través de un proceso de subordinación a los valores centra-

les de ese contexto ideológico. El resultado de esa integración es la transformación de la lucha a muerte de un pueblo decidido a preservar su independencia o morir, en dramatización de una serie de valores ideológicos (honor, fama, gloria, etc.) concebidos y formulados en unos términos que no se pueden dissociar de la concepción del mundo europea que expresan. Esta europeización de cualidades, valores y costumbres de los araucanos se hace particularmente evidente en los discursos y arengas que pronuncian los personajes centrales (Colocolo, Caupolicán, Lautaro), arengas que presentan siempre la misma tensión entre el elemento caracterizador (valor, venganza, independencia, etc.) y la retórica europeizante en que éste viene expresado.

Sobre la realidad de las cualidades guerreras y el valor extraordinario de un pueblo, respetado en toda América por su belicosidad, se articula dentro del poema una construcción mitificadora del sujeto americano que glorifica a araucanas y araucanos a través de un proceso de representación idealizadora que, en buena medida, los transforma. Y los elementos concretos de esa construcción (la retórica del lenguaje en que se expresan los araucanos y las araucanas, la subordinación de la presentación de las cualidades personales y sociales del pueblo araucano a una superestructura ideológica europea, la transformación de las guerreras araucanas en damas renacentistas y la del marco de la naturaleza de Chile en amable paisaje garcilasista) cumplen todos una misma función: la asimilación de la realidad araucana al contexto cultural europeo.

2. Estructuras de integración

La mayoría de los críticos ha coincidido en señalar el carácter profundamente literario e idealizado de las heroínas femeninas de *La Araucana*, así como la dimensión mítica evidente que presentan las figuras masculinas. Fernando Alegría declara, con razón, que Ercilla no creó en su poema personajes, sino mitos, y señala, con igual acierto, el carácter engañoso del supuesto realismo de Ercilla. Pero su interpretación es mucho más cuestionable cuando aborda el problema del significado que tiene dentro de la obra esa forma específica de realismo «engañoso». Y cuando toca el problema de la función de la total idealización de las heroínas araucanas se sale por la tangente, afirmando que esta idealización no altera su condición femenina, que es lo fundamental⁴². Schwartz, por su parte, reconoce abiertamente la artificialidad y falta de realismo de las caracterizaciones femeninas que «hacen altamente cuestionables analogías con la realidad araucana», pero, a la hora de explicar su función dentro del poema, las identifica con las declaraciones explícitas que hace al respecto el propio Ercilla: «En busca de variedad y equilibrio en el poema, Ercilla rompe la monotonía del relato de sucesos bélicos incorporando, como pedía el modelo épico, escenas amorosas y personajes que responden a experiencias literarias y no vitales»⁴³. La verdad es que no hay mayor motivo para aceptar la explicación del poeta con respecto a la función de esas caracterizaciones femeninas que para tomar en serio sus continuos lamentos sobre la aridez de un tema (el bélico) que obviamente no sólo no le parece árido sino que le apasiona. La explicación de Schwartz resulta insuficiente, y la necesidad de diversificar la materia parece tan sólo un aspecto menor

de la función que cumple la estructura idealizante de representación que encontramos en las intercalaciones y que afecta, aunque no en el mismo grado, a todas las caracterizaciones de araucanos y araucanas dentro de la obra. Tal vez haya que abordar el análisis desde dos ángulos distintos que enfoquen simultáneamente las dos vertientes del proyecto de construcción del sujeto americano de Ercilla para llegar al fondo del significado del modo en que se articula la caracterización del pueblo araucano dentro del poema. Este proyecto presenta un carácter dual que se concreta en dos procesos paralelos de caracterización que organizan la representación del pueblo araucano dentro de la obra. El primero es un proceso de mitificación; el segundo es un proceso de integración.

Frente a una serie de discursos narrativos que hacían oscilar la construcción del sujeto americano entre el objeto, la bestia, el siervo, el buen salvaje y el menor de edad, la caracterización que presenta Ercilla del pueblo araucano parte de la afirmación explícita de su humanidad excepcional, para culminar en la creación de un mito. Dentro del código guerrero de representación propio de la épica, la excepcionalidad de los araucanos se expresa en la magnificación sistemática de sus cualidades bélicas: fuerza, valor, resistencia, osadía, espíritu militar, etc., que alcanzan grados superlativos, hasta bordear lo inverosímil. Partiendo de esta caracterización superlativa, el proceso de mitificación del araucano se inicia con la paulatina subordinación de los elementos que la integran a los valores centrales de la cultura española de la época. La agresividad, la fuerza, la violencia, etc., no aparecen en el poema como rasgos de bestialidad o de primitivismo, sino como las cualidades apropiadas y necesarias para la defensa de unos valo-

res ideológicos (honor, dignidad, patria, etc.), que, siendo propios de la concepción del mundo occidental, pasan a serle atribuidos al pueblo araucano. No estoy proponiendo que el pueblo araucano no tuviera sentido del honor, o dignidad, o conciencia de nacionalidad, sino que, dentro del poema, estos valores ideológicos que se le atribuyen aparecen representados en términos inconfundiblemente europeos: no se trata de honor, sino del concepto del honor inseparable de la tradición caballeresca occidental; ni de fidelidad, sino de la fidelidad inseparable del concepto de honra característico de la España de la época; y lo mismo cabe decir de los demás valores ideológicos que atribuye el autor a los araucanos y araucanas dentro del poema.

El proceso de idealización que implica la subordinación de los elementos concretos de la caracterización a los valores centrales de una superestructura ideológica europea se complementa con un proceso de selección y eliminación paralelo que resulta en la elusión de la *diferencia*. Del mismo modo que en el desarrollo de la caracterización femenina desaparecen —después de la primera problemática representación colectiva de las araucanas guerreras que se encuentra en el canto X— todos los elementos no asimilables al modelo renacentista que encarna Dido, en la caracterización de los araucanos se elimina todo aquello que definiría al araucano como alguien cualitativamente diferente del modelo de guerrero propio de la tradición caballeresca, de acuerdo con cuyos términos se organiza la representación. A pesar de las diferencias superficiales, el referente ideológico y estético que articula la caracterización del pueblo araucano y de sus representantes individuales es el europeo, y todo aquello que no pueda integrarse de algún

modo en sus coordenadas fundamentales tiene que ser eliminado o transformado.

La subordinación de las caracterizaciones araucanas a los valores ideológicos y estéticos europeos se expresa metafóricamente en el texto en una serie de incidentes que la dramatizan. El más explícito de todos ellos se produce en el canto VIII. Tiene lugar a continuación del triunfo arrollador de los araucanos en la captura de la ciudad de Concepción, cuando «los principales hombres de la tierra» deciden convocar un consejo de jefes guerreros para decidir el futuro de las campañas y de la guerra contra los invasores. El texto describe la llegada de Caupolicán en los siguientes términos:

Llevaba el general aquel vestido
con que Valdivia ante él fue presentado,
era de verde y púrpura tejido,
con rica plata y oro recamado,
un peto fuerte, en buena guerra habido
de fina pasta y temple relevado
la celada de claro y limpio acero
y un mundo de esmeralda por cimero.

Pero no es Caupolicán el único que comparece disfrazado de conquistador, y el texto puntualiza que:

Todos los capitanes señalados
a la española usanza se vestían;
la gente del común y los soldados
se visten del despojo que traían;
calzas, jubones, cueros desgarrados

en gran estima y precio se tenían
por inútil y bajo se juzgaba
el que español despojo no llevaba⁴⁴.

La detallada descripción que contienen las estrofas citadas sustenta dos procesos de significación fundamentales. Por una parte alude, en el nivel de representación más inmediato, a la celebración del triunfo («A manera de triunfos ordenaron / el venir a la junta así vestidos») y a una tradición de saqueo tras la victoria de la cual hay múltiples ejemplos a lo largo de *La Araucana*. Pero el modo específico en que convergen tradición y celebración en una escena en la que, de forma sumamente teatral y plástica, se nos describe hasta el detalle cada aspecto concreto del disfraz —que connota un proceso de ficticia transculturación—, apunta hacia un segundo proceso de significación en la construcción del sujeto indígena dentro del poema. El disfraz que visten los araucanos, y que los transforma ficticiamente en españoles, alude al disfraz más sutil y complejo con que los reviste la caracterización que presenta de ellos Ercilla en el poema. Y Caupolicán, que aparece revestido de todos los atributos del conquistador, y equiparado transitoriamente al desgraciado Valdivia, prefigura, en su transformación, su integración final en el campo cristiano a través del bautismo y de su aceptación de la perspectiva ideológica española, así como su propio desgraciado final, que nada tendrá que envidiar al de Valdivia.

La acción principal se expresa dentro de las estrofas citadas en cuatro formas verbales que constituyen, en realidad, distintas flexiones de un mismo proceso: el revestimiento del disfraz. «Llevaba / Vestían / Visten / Llevaba» son las cuatro for-

mas en que se expresa ese proceso, y las dos formas simétricas que inician y concluyen la representación de la escena delimitan perfectamente el cuadro dentro del contexto de las demás estrofas que lo enmarcan. Por otra parte, las cuatro formas subrayadas en las que se expresa una misma acción de *revestir*, de ocultar transitoriamente la realidad del pueblo araucano bajo la apariencia (el disfraz) de lo español, enlazan metafóricamente este proceso de revestimiento literal con el proceso de idealización españolizante que articula, dentro del texto, toda una galería de caracterizaciones que se articulan según los términos de un referente estético y cultural no menos español y ajeno a la realidad del pueblo chileno que aquel disfraz de conquistador revestido por Caupolicán en la primera de las estrofas que acabo de citar.

A lo largo del proceso de caracterización mitificadora del pueblo araucano, que va desde la magnificación de sus atributos guerreros hasta su transformación final en símbolo de la libertad, la presencia del referente europeo como elemento organizador es constante. Esta idealización de la caracterización plantea dos problemas inmediatos. En primer lugar, el de la aparente contradicción entre la deformación de la realidad que ésta implica y el propósito declarado de veracidad que ha expresado el poeta desde el comienzo de la obra. En el prólogo a la primera parte afirma Ercilla que el poema es «la historia verdadera», y en las primeras estrofas del primer canto vuelve sobre esta definición de su obra, diciendo que ésta es «relación sin corromper sacada / de la verdad, cortada a su medida». En segundo lugar, el hecho de que esta idealización se produzca precisamente de acuerdo con los términos del modelo ideológico y estético español parece indicar, en un primer acercamiento, una actitud etno-

céntrica que, de ser cierta, transformaría profundamente el valor y el significado real de la obra. Y que entraría en directa contradicción con la afirmación que hice más arriba en relación con la existencia, dentro de *La Araucana*, de una construcción del sujeto americano que, por primera vez dentro del discurso narrativo de la conquista, lo percibe y representa reintegrándolo al marco natural que le es propio, en lugar de aislarlo de su contexto para evaluarlo en relación con el contexto occidental⁴⁵. ¿Cómo conciliar un proceso de caracterización del indígena que lo muestra como representante de las cualidades del orden natural en el que transcurre su existencia, y en profunda armonía con la realidad americana a la que pertenece, con otro de simultánea idealización de su figura a través de una subordinación, implícita pero sistemática, de esas cualidades que lo caracterizan como hombre superior americano a una superestructura ideológica occidental?

Para responder a esta pregunta central hay que examinar la caracterización de los nativos en *La Araucana* en relación con los dos polos entre los cuales se sitúa: el europeo y el americano. En el contexto histórico en el que Ercilla escribe su obra, la humanidad, la civilización y la cultura se asocian de forma casi exclusiva a lo europeo, es decir, a los modelos de la sociedad dominante. Lo americano, por otra parte, aparece equiparado a las categorizaciones de lo desconocido creadas e imaginadas por los antiguos, que identificaban frecuentemente lo ignoto con lo fantástico o lo monstruoso. Y, dentro del discurso narrativo de la Conquista que se inicia con Colón para culminar precisamente en la obra de Ercilla, lo americano aparece asociado primero con lo fantástico, para irse identificando cada vez más con lo primitivo, lo salvaje y lo bárbaro. Ercilla,

sin embargo, centra su caracterización mitificadora del araucano en aquellas cualidades (fuerza, valor, arrogancia, independencia) que expresan su armonía con el medio americano, pero que, simultáneamente, lo definen como elemento conflictivo dentro del proceso de asimilación cultural y de dominio militar que implica la conquista de América. Anclando su caracterización en dichas cualidades, Ercilla presenta al pueblo araucano como representante de una civilización guerrera superior y como encarnación de la libertad, pero, en aparente contradicción, subordina las cualidades que lo caracterizan como tal a una superestructura ideológica y unos modelos que españolizan las figuras y socavan su americanidad. Y, sin embargo, esta utilización que hace el poeta de los modelos estéticos e ideológicos europeos a los que subordina su presentación de lo americano a lo largo de casi todo el poema no expresa una percepción etnocéntrica que ignora o menosprecia lo americano, sino la intención de reivindicar el valor de una cultura y un pueblo diferentes a través de su integración ficticia en la tradición literaria e histórica occidental.

La presentación de los araucanos como pueblo dotado de una excelencia guerrera y de una vocación de libertad, que no sólo los humaniza sino que llega a dotarlos de dimensiones míticas, cuestiona implícitamente la validez de los estereotipos creados con anterioridad por las distintas flexiones del discurso narrativo de la conquista. Y la creación del mito que transforma, dentro del poema, al indígena de *pieza* en *modelo* contiene un impacto subversivo que hay que neutralizar si se quiere preservar la inteligibilidad del mensaje y asegurar su asimilación dentro del contexto cultural al que va dirigido. La idealización que resulta de la subordinación de las cualidades guerreras de

los araucanos, y personales de las araucanas, a la superestructura ideológica occidental cumple precisamente esa función. Agustín Cueva se refiere a la función de este proceso de idealización en los siguientes términos: «Lo que debe subrayarse es que, en una época de manifiesto etnocentrismo, exasperado al extremo por la situación colonial, la adjudicación de rasgos europeos a los personajes americanos equivalía a borrar la marca de alteridad total entre el conquistado y el conquistador»⁴⁶. Borrar la alteridad se convierte en condición necesaria para la reivindicación de la humanidad del indígena dentro de un contexto que identifica lo *humano* con lo *europeo* y que disocia sistemáticamente cultura y civilización de lo americano. En este contexto, la idealización españolizante que transforma en figuras caballerescas a los guerreros de Arauco y en damas renacentistas perfectas a sus mujeres no es indicio de superficialidad ni de etnocentrismo en el autor de la obra. Más arriba he señalado⁴⁷ que el abandono por parte de Ercilla del intento de caracterización «realista» de las mujeres araucanas revelaba la conciencia que tenía el poeta del carácter inaceptable de tal caracterización de la mujer en relación con el contexto cultural al que la obra iba dirigida; y también que la decisión de éste de sustituir, a partir de este primer experimento que constituye la caracterización del canto X, la caracterización realista que se centraba en la diferencia por un modelo de caracterización femenina que equipara ficticiamente araucanas y europeas revelaba un hecho fundamental: que la exactitud documental y descriptiva no eran dentro del poema un objetivo fundamental, sino que ambas se subordinaban a un proyecto distinto del de fiel exposición de la realidad araucana en sus detalles. Este proyecto, que determina la eliminación de todo lo que no puede

ser asimilado, desde una perspectiva europea, a unos conceptos de humanidad, civilización y cultura, propios de unas coordenadas europeas, y que, simultáneamente, condiciona la elección de unos modelos idealizantes de caracterización de las figuras indígenas, es un proyecto de reivindicación de la humanidad del hombre americano.

En el contexto profundamente etnocéntrico de la cultura española de la época, la inscripción plena de la *diferencia* del sujeto americano equivale al cuestionamiento de su plena humanidad. Por eso mismo es posible leer la elección de un modelo de caracterización españolizante de personajes indígenas —por oposición a otro posible de carácter realista— no como muestra de etnocentrismo por parte del autor de *La Araucana*, sino como estrategia literaria en una poética que propone la sustitución de la oposición entre indígena y hombre y de la identificación exclusiva de lo civilizado con lo europeo, por una equiparación de los términos (indígena y europeo) sobre la base del reconocimiento de una igual condición humana. La reivindicación de una plena humanidad para los indígenas pasa necesariamente, dado el contexto histórico y literario en el que escribe Ercilla, por la transformación mitificadora de lo americano, de acuerdo con los valores y modelos de una superestructura ideológica y una tradición literaria occidentales. La reiteración de la preocupación de los araucanos por un honor concebido en términos europeos; la identificación de las emociones y sentimientos de las araucanas con los de las heroínas de la literatura renacentista; la atribución a ambos de un lenguaje de impecable retórica en el que araucanos y araucanas afirman explícitamente la validez fundamental de los valores sobre los que se articula su propia caracterización; y la subordinación de las rela-

ciones personales y sociales a esos mismos valores occidentales cumplen, con tácticas distintas, una función única: la de presentar a «esta soberbia gente libertada» no como hatos de salvajes primitivos dotados de una fuerza bruta que les ha permitido poner en jaque al técnicamente superior ejército español —ésta sería la versión oficial de la guerra araucana—, ni como seres bestiales, dotados de costumbres extrañas que los convertirían en producto exótico, digno de ser contemplado con más o menos curiosidad desde el Olimpo de la metrópoli, sino como nación guerrera cuya dignidad y vocación de libertad son expresión de una humanidad superior y cuya civilización es equiparable a las de los más famosos pueblos guerreros de la Antigüedad. Así lo dice Ercilla explícitamente en su Prólogo del Autor: «Y si a alguno le pareciere que me muestro algo inclinado a la parte de los araucanos, tratando sus cosas y valentía más que de lo que para bárbaros se requiere, si queremos mirar su crianza, costumbres, modos de guerra y ejercicio della veremos que muchos no les han hecho ventaja, y que son pocos los que ... con puro valor y porfiada determinación hayan redimido y sustentado su libertad».

En *La Araucana* la reivindicación de la humanidad y excelencia del indígena pasa necesariamente por su integración ficticia dentro del contexto ideológico y literario occidental. Pero el análisis del texto del poema revela que esta idealización de los personajes no es un elemento aislado, sino que forma parte de una de las estructuras significantes fundamentales que articulan la poética de *La Araucana*. Se trata de una estructura integradora cuya función fundamental es la autorización del material narrativo, de la percepción que expresa y de las propuestas que en él se inscriben.

En relación con esta estructura integradora se define con claridad la función precisa de toda una serie de elementos textuales de carácter muy diverso, cuya presencia en el texto ha sido con frecuencia motivo de irritación de los puristas y base de muchas de las críticas más persistentes que se han venido haciendo, desde su aparición, al poema de Ercilla. Éstas se han centrado de manera primordial en tres aspectos fundamentales del poema «problemáticos» según esas críticas. El primero de estos aspectos es la idealización de toda una serie de caracterizaciones de personajes indígenas, que he analizado más arriba; el segundo es la representación contradictoria de la naturaleza de Arauco; el tercero es el carácter cuestionable que presenta, desde una perspectiva ortodoxa, el plan de composición del poema.

La presencia de los elementos idealizantes que encontramos dentro del poema, y que afectan tanto la caracterización de los indígenas como la de la naturaleza americana, se ha considerado problemática en dos sentidos. En primer lugar, porque esta idealización se encuentra en aparente contradicción con el propósito de objetividad y veracidad declarado por el poeta como principio de composición fundamental al comienzo de la obra, cuando afirma que la narración no contiene nada más que la verdad de una relación objetiva de los hechos⁴⁸. En una aproximación literal al texto resulta difícil conciliar esta declaración del poeta con la evidente ficcionalización de muchos de los elementos de la realidad americana que se presenta en el poema. Esta aparente contradicción descalifica el poema de Ercilla desde el punto de vista de los críticos «veristas», es decir, de los seguidores de la escuela estética que dictaminaba que la poesía épica debía tratar de «la verdad histórica rigurosa»⁴⁹. Y, al

mismo tiempo, la presencia de esa ambigüedad, que hace que coexistan dentro de la obra, en una relación de contigüidad, elementos históricos reales con personajes ideales y episodios totalmente imaginarios, define el texto como problemático para los seguidores de otra gran escuela de crítica literaria: la de los «verosimilistas». Los verosimilistas consideraban que la poesía épica no debía contener una verdad particular y concreta en los hechos que narraba, sino una verosimilitud en lo imaginado que expresara una «verdad poética» de carácter más general. El problema está en que, dentro del texto de Ercilla, la poética verosimilista no es consistente, sino que coexiste con momentos de objetividad documental que cuestionan, desde dentro, el concepto de verosimilitud que exigía la estética de esta última escuela. Basta recordar, por ejemplo, la primera representación de las mujeres araucanas como indias guerreras para que la aparición de las caracterizaciones idealizadas de Tegualda y Guacolda despierte una reacción de escepticismo que resta verosimilitud a las últimas. José Durand se refiere a esta tensión constante entre objetividad e idealización, característica del poema, cuando comenta: «Tan pronto sorprendemos a don Alonso inventando el nombre de una india como se le halla notoriamente exacto»⁵⁰.

Junto a la idealizada caracterización de los personajes indígenas —cuya forma y función como parte de la estructura integradora se analizaba en la sección anterior— sobre la cual se apoya en *La Araucana* la construcción del sujeto americano, el segundo elemento de composición que la crítica ha identificado con frecuencia como problemático es la representación de la naturaleza americana. Al igual que en el caso de las caracterizaciones de los personajes indígenas, que alternaban la repre-

sentación realista con la mitificadora, la aparente falta de consistencia que parece revelar la presencia en el poema de formas opuestas de representación de la naturaleza americana le ha valido numerosas críticas a Ercilla. La crítica más común que se le ha hecho con respecto a este punto ha sido la utilización frecuente de un paisaje renacentista tipificado que viene a sustituir, en numerosas ocasiones, a la descripción de lo americano. Sin embargo, hasta los análisis más negativos reconocen la existencia, dentro del poema, de estrofas de un extraordinario realismo en su descripción de esa misma naturaleza que en otras ocasiones se elude o transforma de acuerdo con los modelos de representación más genuinamente garcilasistas. Alegría señala la presencia de estas representaciones realistas y se apoya en ellas para salir implícitamente al paso de la crítica que ha condenado la artificialidad de las descripciones idealizantes de la naturaleza que encontramos en el poema, aunque reconoce la frecuencia mayor de estas últimas: «Las descripciones de carácter realista no faltan tampoco en *La Araucana*. Es verdad que el paisaje descrito por Ercilla es generalmente convencional; el arroyo clásico dibuja su sendero cristalino por los prados de Ercilla, y es el mismo arroyo de Virgilio, de Petrarca y Garcilaso. A veces, sin embargo, un relato se graba poderosamente en su memoria y lo recuerda más tarde el poeta con nitidez admirable»⁵¹. Pero Alegría no ofrece ninguna explicación que aclare el sentido de la presencia contradictoria de dos modos de representación tan antagónicos dentro del poema.

Basta examinar las estrofas que describen en forma realista la naturaleza americana para advertir que carece de sentido suponer que la presencia de otras, en las que la naturaleza aparece reducida a los elementos arquetípicos de la representación rena-

centista convencional de la naturaleza, sea resultado de falta de observación o de capacidad creadora por parte del poeta. Frente a una corriente criollista que ha criticado con frecuencia la convencionalización recurrente de la representación del paisaje americano dentro de *La Araucana*, Jaime Concha ha afirmado tajantemente la riqueza y diversidad del paisaje americano dentro del poema de Ercilla, señalando: «Toda la geografía de la patria está contenida en la epopeya»⁵². Pero el poema va todavía más allá de esa riqueza descriptiva que le atribuye con razón Jaime Concha, porque no sólo es cierto que *La Araucana* recoge los aspectos más diversos de la realidad natural chilena, sino que en ella culminan todos los modos de representación de la realidad natural americana que habían ido articulando las distintas flexiones del discurso narrativo de la conquista. El poema los contiene y, a la vez, los supera todos. Encontramos en él la percepción degradada de América como botín, formulada por primera vez dentro del discurso colombino e institucionalizada por la codicia desatada de conquistadores y encomenderos, que aparecen aquí representados por Valdivia⁵³. También contiene *La Araucana* ejemplos del paisaje militar o estratégico característico de las primeras Cartas de relación de Hernán Cortés, donde la selección y caracterización de elementos se hacía, más que con criterios estéticos o emotivos, con fines estratégicos, y cuya imagen resultante expresaba lo que Concha ha llamado «una experiencia militar del territorio»⁵⁴.

Pero junto a estos dos modos de instrumentalización de la caracterización que recogen —en un caso con un propósito de crítica y en otro como expresión de la continuidad de un proyecto de dominio militar de las nuevas tierras— los dos modelos fundamentales de representación de la naturaleza que uti-

liza el discurso mitificador, *La Araucana* también contiene una detallada descripción de la realidad natural americana que cancela implícitamente el mito colombino y entronca directamente con la presentación desmitificadora de los discursos narrativos del fracaso y de la rebelión. Como en aquéllos, esta presentación de la realidad americana que se desarrolla en *La Araucana* implica una emergencia de la naturaleza del Nuevo Mundo que cancela mitos anteriores, afirma su carácter específico e irreductible, y se articula decididamente sobre la *diferencia*. En toda una serie de descripciones de la naturaleza que van apareciendo desde los primeros cantos de *La Araucana*, y, sobre todo, en la descripción de las tierras recorridas por la expedición al sur de Chile, en la que participó el propio poeta, América es agreste o grandiosa, misteriosa, hostil e impenetrable, pero siempre *diferente* de lo que han contado tantos descubridores y conquistadores, y de lo que se ha visto o imaginado desde Europa. Como en el discurso narrativo del fracaso, la naturaleza americana posee aquí una violencia y una grandiosidad que empequeñecen al hombre, rompen los modos de percepción habitual derivados del referente europeo y le conceden un lugar en la narración que le pertenecerá hasta la literatura del siglo XX. Es esta diferencia cualitativa entre Europa y América, que invalida las categorías de percepción habituales del hombre europeo, lo que se expresa en estrofas como la que narra la tempestad de este modo:

Los cuatro poderosos elementos
 contra la flaca nave conjurados
 traspasando sus términos y asientos
 iban del todo ya desordenados.

O en la impotencia mitológica que se manifiesta en la siguiente estrofa:

Allí con libertad soplan los vientos
 de sus cavernas cóncavas saliendo
 y furiosos, indómitos, violentos,
 todo aquel ancho mar van discurriendo
 rompiendo la prisión y mandamientos
 de Eolo su rey, el cual temiendo
 que el mundo no arruinen los encierra
 echándoles encima una gran sierra⁵⁵.

La división tradicional de la naturaleza en cuatro elementos deja de ser válida en un contexto donde, en su violencia, éstos traspasan los límites y cualidades que les corresponden para crear un estado de caos primigenio ante cuyo desorden se estrellan los esfuerzos europeos de categorización y dominio. Es el fracaso de ese intento de dominio lo que expresa, en la segunda estrofa citada, esa desobediencia de los elementos —en este caso los vientos— contra la razón, que aparece aquí representada por un Eolo más atemorizado que triunfante.

La emergencia progresiva de la realidad natural americana, que se iniciaba en forma tímida e inconsistente desde algunos de los textos más tardíos de Colón y Cortés⁵⁶, culmina aquí en una caracterización de América que aparece articulada de forma inequívoca sobre la diferencia. Como también culmina en *La Araucana* un proceso paralelo a esa emergencia de una América desmitificada y diferente: el de cancelación de los mitos y modelos de América formulados por los textos del discurso mitificador, y que, ampliados, refundidos y reafirmados por los suce-

sivos procesos de mitificación inseparables del avance territorial, habían ido siendo cuestionados progresivamente y de forma cada vez más irreversible a lo largo de los textos de los discursos narrativos del fracaso y de la rebelión. Lo fantástico, elemento central del proceso mitificador que sustentaban las relaciones mentirosas de indígenas y españoles, y las noticias vagas y fabulosas que se fueron transmitiendo y reformulando sin cesar a lo largo de un siglo de conquista y en la extensión de todo el nuevo continente, ha desaparecido en *La Araucana*, y en su desaparición se expresa simbólicamente el rechazo de toda una tradición deformadora de la realidad del Nuevo Mundo. *La Araucana* comparte con los textos del discurso narrativo del fracaso los procesos de desmitificación de la naturaleza americana. Pero así como en aquéllos la toma de conciencia de esa nueva realidad natural se acompañaba de angustia y miedo, a la vez que su expresión literaria mostraba un sentimiento de abatimiento o de exasperación ante esa realidad, *La Araucana* constituye el primer acercamiento positivo de una conciencia europea a la naturaleza del Nuevo Mundo, acercamiento que se traduce en una expresión que ya no se articula sobre el rechazo profundo sino sobre la magnificación y sobre la poetización de la diferencia⁵⁷.

Cabe pues pensar que la presencia de las representaciones convencionales de la naturaleza dentro del texto no responde a una incapacidad sino que expresa una elección. Y si reflexionamos sobre el sentido de esa elección concreta, relacionándola con las estructuras de integración que estamos analizando, su razón de ser dentro del poema se aclara considerablemente. Desde esta perspectiva, la sustitución, en numerosas descripciones de la naturaleza, del paisaje americano por paisajes europeos

renacentistas deja de ser indicio de falta de habilidad poética o de agudeza perceptiva, para funcionar como clave estética cuya función es autorizar y prestigiar los elementos que este paisaje tipificado enmarca. El examen de la situación en que aparecen esas descripciones tipificadas confirma esta hipótesis: la transformación de la naturaleza chilena en paisaje garcilasista se efectúa en momentos estratégicos de la narración, donde introduce la presentación de aspectos fundamentales de la realidad araucana. Un ejemplo claro de esa transformación es el que encontramos en la presentación de la sociedad araucana. Al llegar a la explicación de la organización legal del pueblo araucano —organización cuya validez y seriedad es fundamental para la demostración de la existencia de una civilización y una cultura araucanas— Ercilla enmarca su presentación del Consejo con las siguientes estrofas.

Hácese este concilio en un gracioso
asiento en mil florestas escogido,
donde se muestra el campo más hermoso,
de infinidad de flores guarnecido:
allí de un viento fresco y amoroso
los árboles se mueven con ruido
cruzando muchas veces por el prado
un claro arroyo limpio y sosegado
do una fresca y altísima alameda
por orden y artificio tienen puesta
en torno de la plaza y ancha rueda
capaz de cualquier justa y grande fiesta
que convida a descanso y al sol veda
la entrada y paso en la enojosa siesta:

allí se oye la dulce melodía
del canto de las aves y armonía⁵⁸.

La enumeración casi exhaustiva de los elementos que componen el modelo renacentista de representación convencional del paisaje que encontramos en estas estrofas cumple la misma función que la mención explícita del *orden* y *artificio* que califican en la segunda estrofa las acciones de los araucanos: definirlos como pueblo civilizado.

El carácter simbólico de esas descripciones tipificadas del paisaje se confirma en el otro tipo de contexto en el que éstas se dan dentro del poema: los episodios imaginarios, como el del sueño del poeta que éste narra dentro del canto XVIII. En éste, el paisaje tipificado se utiliza para evocar con máxima economía lírica la realidad que el modelo de representación simboliza:

En un asiento fértil y sabroso
de alegres plantas y árboles cercado
do el cielo se mostraba más hermoso
y el suelo de mil flores variado
cerca de un claro arroyo y sonoro
que atravesaba el fresco y verde prado
vi junta toda cuanta hermosura
supo y pudo formar acá natura⁵⁹.

Los elementos concretos de la representación duplican casi exactamente los de las dos estrofas citadas con anterioridad. El referente evocado es en ambos casos «la dichosa España». Pero la función que cumple dicha evocación es diferente. En el segundo caso se trata simplemente de actualizar, convocándolo, un

contexto cultural en el que se desarrolla la acción de las estrofas que siguen. En el primero, la función del modelo renacentista que sustituye a la realidad concreta americana es doble. Por una parte, cancela la connotación de barbarie que se percibe en la época como inseparable de lo americano. Por otra, asimila el carácter de la civilización araucana al de las civilizaciones europeas, por medio de la equiparación simbólica del marco natural en el que ambas se encuadran. La presencia del paisaje simbólico que introduce el episodio del consejo cumple pues una función integradora cuyo fin es asociar la civilización araucana a la europea, con la que queda ficticiamente equiparada, y, simultáneamente, autorizar la dignidad de lo que se narra, enmarcándolo en una estructura formal que lo integra en una tradición literaria occidental.

Idéntica función cumple la tercera forma de representación de la naturaleza que utiliza el poeta en *La Araucana*: la representación mitológica. La personificación de los elementos de la naturaleza (el viento, la aurora, el sol, el mar, etc.) no es ninguna novedad en la tradición de la épica clásica o de la epopeya renacentista. Si comparamos el poema de Ercilla con el de Camoes, por ejemplo, hallamos que Ercilla utiliza con gran parquedad uno de los recursos más típicos de esa tradición literaria. Pero, de nuevo, lo característico de Ercilla no es sólo la utilización de una forma frente a otra, sino el modo concreto en que la utiliza y la función específica que le asigna dentro del texto del poema. Al narrar uno de los episodios más importantes en la presentación del pueblo araucano y de sus costumbres (el de la competición del madero), Ercilla utiliza esta forma de representación de manera casi constante. El alba se convierte en la «esposa de Titón», que

ya parecía
 los dorados cabellos esparcidos
 que de la fresca helada sacudía.

Y el sol que en

El carro de Faetón sale corriendo
 del mar por el camino acostumbrado.

se representa como Apolo, de quien dice Ercilla:

...en seguimiento de su amiga
 tendido había los rayos de su lumbre⁶⁰

El uso de la representación mitológica de los elementos naturales otorga un carácter de dignidad a un episodio clave que, de otro modo, podría ser percibido como simple pugna por el poder entre unos cuantos bárbaros. La presentación lírica de la competición, que se apoya en el uso de la clave estética de la personificación mitológica, le otorga un carácter mítico, por asociación con una tradición heroico-literaria en la que pasan a inscribirse implícitamente acción y poema.

Para los críticos verosimilistas, la multiplicidad de códigos que se acaba de analizar en la representación de la naturaleza constituyó uno de los fallos fundamentales del poema, fallo que sólo supieron interpretar como falta de habilidad poética y de talento creador por parte de Ercilla. Y esta percepción los llevó a criticar el modo de composición del poema, como lo habían criticado los veristas, aunque desde un enfoque distinto. Con distintos puntos de vista y por razones diferentes, los críticos de

ambas escuelas hubieran aceptado probablemente la primera parte del juicio lapidario de Voltaire sobre la obra: «No hay invención, no hay plan, no hay variedad en las descripciones ni unidad en el proyecto. Este poema es más salvaje que las naciones que le sirven de tema»⁶¹, concluiría Voltaire al finalizar su crítica de *La Araucana*. Su juicio no se limita a centrar el rechazo de la obra en problemas de historicidad o de verosimilitud, sino que contiene una crítica explícita al poema que se dirige precisamente contra el tercero de los aspectos «problemáticos» a los que aludí más arriba: el plan de composición de la obra.

Voltaire afirma categóricamente que, desde este punto de vista, el poema es profundamente defectuoso, ya que carece de plan y de unidad en el proyecto. Pocos críticos fueron tan lejos en la condena, pero la gran mayoría de ellos, desde el siglo XVII hasta hoy —incluso aquellos que han reconocido un mérito en aspectos diversos de la obra de Ercilla—, han cuestionado la composición del poema. Los preceptistas cuestionaron su validez en relación con el modelo de la épica y con el de la epopeya italiana; la crítica del siglo XIX criticó su falta de principio y fin, su desarrollo y la cuestionable integración de las intercalaciones en el texto; y, tal como señala Alegría, Martínez de la Rosa fue de los pocos que intuyeron la estrecha relación en que se encontraba el «problemático» plan de composición con el complejo proyecto del autor⁶². Pero, excepción hecha de Martínez de la Rosa y de un número reducido de críticos que se han venido pronunciando en el mismo sentido, la composición del poema se ha considerado un aspecto conflictivo y cuestionable hasta muy recientemente⁶³, y ha estado en la base de la percepción muy extendida de *La Araucana* como «permanente escándalo estético» a la que se refiere A. Cuevas⁶⁴.

En varias ocasiones a lo largo del poema Ercilla ofrece una explicación de la presencia en el texto de elementos que parecen romper la unidad de composición del poema, concretamente de las intercalaciones de episodios amorosos. El contexto de esa explicación son las reiteradas quejas del propio poeta ante la aridez y monotonía de la materia que narra. Lamenta Ercilla,

haber de tratar siempre de una cosa:
que no hay tan dulce estilo y delicado,
ni pluma tan cortada y sonora
que en un largo discurso no se estrague
ni gusto que un manjar no lo empalague⁶⁵.

y presenta las intercalaciones de episodios centrados en historias femeninas como un intento de conceder, dentro del poema, un lugar al amor, sin el cual «no puede haber verso bueno ni materia llena», o de entretener una de esas «mil fábulas y amores» que incluyen en sus obras los otros poetas. Afirmar Ercilla ser consciente de la sequedad del tema que lo ocupa y anticipar el aburrimiento del lector, y esto lo mueve a buscar un modo de remediar ambas cosas:

Que el áspero sujeto desabrido
tan seco, tan estéril, y desierto,
y el estrecho camino que he seguido
a puros brazos del trabajo abierto
a términos me tienen reducido
que busco anchura y campo descubierto
donde con libertad, sin fatigarme
os pueda recrear y recrearme⁶⁶.

Sin embargo, todas las explicaciones del poeta en cuanto a la función real dentro del poema de estas intercalaciones de episodios centrados en historias femeninas, y de los demás elementos «extraños» o cuestionables, son de una utilidad muy limitada. En primer lugar, porque no hay razón para aceptar su explicación en cuanto a la función que cumplen, y, si la hubiera, esta función diversificadora que Ercilla les asigna no sería suficiente para justificar la presencia de tan numerosas «disgresiones», como las llama el propio poeta, y de la falta de nexo que parecen tener en relación con el objetivo declarado de la narración. En segundo lugar, porque, aun dejando de lado todas estas limitaciones e interrogantes, las explicaciones del poeta sólo se refieren a uno de los elementos problemáticos de la composición de *La Araucana* (las intercalaciones de historias amorosas), excluyendo todos los demás. Analizados en cambio como partes de la estructura integradora a la que me refería más arriba, todos estos elementos (intercalaciones, disgresiones, episodios fantásticos, presentaciones idealizantes o tipificadas de personajes y naturaleza, etc.) adquieren una función clara y central en el contexto del proyecto que se expresa en la poética de la obra. Todos se subordinan a la necesidad de validar, autorizándola en términos de una tradición histórica y literaria occidental, una percepción del sujeto americano, de su realidad y de su conquista que cuestiona con lucidez creciente la versión oficial del proceso de dominio y aculturación que se consumó a través del proceso de descubrimiento y conquista de América.

Es en el contexto de este proyecto de validación donde se revela claramente la función de episodios intercalados distintos de los amorosos, que la crítica ha señalado también como fallos en la composición armoniosa del poema. Específicamen-

te el de la batalla de San Quintín y la de Lepanto. En esta última, la equivalencia se centra en la representación de la violencia guerrera que iguala implícitamente a cristianos y araucanos. Y el mago Fitón es el encargado de definir con toda claridad la función verdadera que cumple esta equivalencia que se establece dentro de la narración:

que pues en nuestro Arauco ya se halla
materia a tu propósito cortada,
donde la espada y defensiva malla
es más que en otra parte frecuentada
sólo te falta una naval batalla
con que será tu historia autorizada.

En la narración de la batalla de San Quintín, por otra parte, al paralelismo en la representación de la violencia se añade el del saqueo, que enlaza una de las escenas más problemáticas de la primera parte del poema (la del saqueo de Concepción por los guerreros araucanos) con otra equivalente en San Quintín, en la que los protagonistas de saqueos, agresiones y violaciones ya no son los araucanos sino los cristianos. El comportamiento idéntico de araucanos y españoles se equipara, a través de la descripción paralela de los saqueos de Concepción y San Quintín, y la violencia de los primeros deja de indicar un primitivismo propio de bárbaros americanos para convertirse en elemento de integración en una tradición histórica en la que, desde las guerras de los antiguos hasta la conquista de América, el «esperado saco de la tierra» es el «premio de la común gente de guerra»⁶⁷.

Por otra parte, la utilización del elemento mitológico —que ya se discutió más arriba en relación con la representación de la

naturaleza— complementa la función integradora de los episodios intercalados y enlaza las dos vertientes fundamentales del proyecto de legitimación del material poético, ensalzado y mitificado pero cuestionable, desde una perspectiva occidental, por su misma naturaleza americana. La primera es la vertiente de integración en una tradición literaria que acabamos de ver. Y la segunda es la de autorización del material por medio de su inserción en una tradición histórica igualmente occidental. Dioses, héroes y guerreros famosos de la Antigüedad clásica desfilan por las páginas de *La Araucana*, donde el autor los compara una y otra vez a los guerreros indígenas. El Rengo, por ejemplo, aparece comparado a Anteo, gigante mítico de la Grecia antigua, hijo de Poseidón y de Gaia. Anteo estaba dotado de una fuerza prodigiosa e inagotable, puesto que tenía el poder de recuperarla instantáneamente, tocando la tierra con las plantas de los pies. El paralelo entre los dos personajes se apoya pues sobre las cualidades que caracterizan la fuerza de ambos como inmensa e inagotable. También la guerra misma entre españoles y araucanos aparece comparada a las guerras de la Antigüedad clásica (más concretamente a las guerras entre griegos y troyanos), y el saqueo de Concepción se compara con el que concluyó el sitio de Troya⁶⁸. Finalmente, el heroísmo de los araucanos se subraya con la presencia de interminables listas de héroes de la historia occidental, a quienes Ercilla los equipara y cuyas hazañas extraordinarias estos guerreros americanos todavía han logrado superar:

No los dos Publios Decios que las vidas
sacrificaron por la patria amada,
ni Curcio, Horacio, Scevola y Leónidas
dieron muestra de sí tan señalada:

ni aquellos que en las guerras tan reñidas
 alcanzaron gran fama por la espada,
 Furio, Marcelo, Fulvio y Cincinato,
 Marco Sergio, Filón, Sceva y Dentato.
 Decidme: estos famosos ¿Que hicieron
 que al hecho de este bárbaro igual fuese?⁶⁹

A través de equivalencias, comparaciones y paralelismos entre los araucanos y los héroes guerreros de la tradición occidental, aquellos pasan a integrarse en una historia que los asimila y dignifica en relación con el contexto ideológico y cultural europeo.

La integración ficticia del pueblo araucano en la historia occidental, a través de sus comparaciones con dioses, héroes y guerreros de la antigüedad, o del establecimiento de una equivalencia entre su comportamiento y el de los prestigiosos guerreros del ejército español que triunfó en San Quintín o en Lepanto, tiene, además del efecto legitimador que ya he señalado, una consecuencia importante. Al insertar al araucano y sus hazañas dentro de la historia occidental, Ercilla le restituye simbólicamente al sujeto americano una historia que, dentro del poema, sustituye ficticia y transitoriamente a la historia y el pasado indígenas que la conquista le había arrebatado. Es importante subrayar que se trata de una restitución simbólica y ficticia, que en modo alguno recupera ese pasado y esa historia indígenas, sino que los sustituye por un pasado y una historia occidentales. De ahí las limitaciones de la «restitución» simbólica de Ercilla. Pero es igualmente importante señalar que, frente a una serie de discursos narrativos de la conquista de América que desde Colón hasta Ercilla habían despojado al sujeto americano de cualquier forma de palabra, cultura e historia, en

La Araucana se lleva a cabo una restitución simbólica de esos mismos tres elementos. La recuperación auténtica del pasado indígena y su incorporación real a la historia no le corresponderá al proyecto de Ercilla sino al discurso del Inca Garcilaso, a través de lo que E. Pupo-Walker ha llamado con acierto la «peregrinación imaginativa hacia la historia»⁷⁰. Pero la restitución simbólica de una tradición, una cultura y una historia, a través de la inserción ficticia de Arauco, sus hombres y sus mujeres, en la tradición histórica y literaria occidental —inserción a la que se subordinan todos los elementos analizados de las estructuras de integración de *La Araucana*— constituye un componente clave en uno de los proyectos más complejos y ricos de representación crítica y literaria del significado profundo de todo el proceso histórico de la conquista de América.

3. La expresión literaria de una nueva conciencia

En *La Araucana*, la mitificación de los araucanos se desarrolla paralelamente a otro proceso inverso que contribuye a subrayar su importancia. Se trata del proceso de desmitificación y crítica que articula la caracterización de los conquistadores que integran el bando español.

La primera estrofa del poema anuncia un proyecto de doble canto que, dice el poeta, ensalzará en primer lugar

... el valor, los hechos, las proezas
 de aquellos españoles esforzados,
 que a la cerviz de Arauco no domada
 pusieron duro yugo por la espada.

pero incluirá también, en segundo término, las hazañas de aquella gente «que a ningún rey obedecen», es decir, el pueblo araucano.

La lectura del poema demuestra muy pronto que, aparentemente, las prioridades anunciadas al comienzo se han invertido: el espacio ocupado por la caracterización de los personajes araucanos y por la narración de sus hechos heroicos es claramente superior al que se dedica a los españoles. Pero la mayor contradicción entre el poema y el propósito anunciado no reside en este cambio de prioridades, sino en la sustitución del anunciado proyecto de alabanza de las hazañas españolas por una desmitificación y crítica abierta de los conquistadores que se enfrentan al pueblo araucano, así como de los valores que encarnan. La caracterización del conquistador que se desarrolla dentro de *La Araucana* contradice el propósito explícito de su autor y, simultáneamente, rompe con toda la tradición de representación de la figura del conquistador iniciada por el modelo que habían creado los textos del discurso mitificador⁷¹.

Enlaza con la percepción desmitificadora y crítica que había comenzado a expresarse literariamente en los textos del discurso narrativo del fracaso —y, de forma especial, en la relación de los *Naufragios*— y con la crítica ideológica formulada en los textos de Bartolomé de las Casas. José Durand señala la relación entre *La Araucana* y el pensamiento de Las Casas en lo que se refiere a la presencia en el poema de una caracterización idealizante y mitificadora del indígena: «La actitud fundamental de honrar a unos héroes bárbaros se nutre en los grandes debates lascasianos sobre la dignidad humana de esos indios y la justicia de esas guerras: ideas respiradas a diario en la vida chilena, o en Lima o en la Corte»⁷², afirma J. Durand. Pero, aunque

menos evidente a primera vista, la relación entre la visión que tenía del conquistador Bartolomé de las Casas y la que se expresa en *La Araucana* es igualmente innegable. Como lo es el nexo que liga esta última a las descarnadas caracterizaciones de descubridores y conquistadores que encontramos en los textos del discurso narrativo de la rebelión.

La caracterización de la figura del conquistador que se desarrolla en *La Araucana* se desdobra en dos vertientes fundamentales. Estas dos vertientes, por una parte, expresan la transformación histórica fundamental del guerrero en colono, característica del primer siglo de la conquista; y por otra, resumen de forma simbólica las tres fases fundamentales de la evolución de la representación literaria de la figura a lo largo de los tres discursos narrativos que hemos analizado: el héroe modélico del discurso mitificador, el guerrero problemático y humanizado del discurso narrativo del fracaso y el colono explotador y cruel de los textos del discurso de la rebelión. El conquistador de *La Araucana* es una figura ambigua y aparentemente contradictoria, porque en momentos distintos del poema ejemplifica fases distintas de esa transformación histórica que va del guerrero heroico, aventurero, valeroso y mesiánico de la fase militar de la conquista, al encomendero codicioso y explotador, ávido de poder, carente de escrúpulos y de cualquier móvil que no sea su enriquecimiento y poder personal, característico de la emergente sociedad colonial.

Ercilla articula su presentación de la figura del conquistador desde tres ángulos distintos: la acción del bando español, el comentario del narrador y la percepción que tienen los indígenas de conquistadores y colonos, percepción que se expresa en parlamentos de distintos jefes a lo largo de la narración. En con-

junto, el retrato del conquistador que se desprende de las acciones colectivas o individuales del bando español es profundamente negativo. De hecho, constituye una inversión casi perfecta de las cualidades del modelo: es cobarde, débil, egoísta, codicioso y desprovisto de cualquier forma de dignidad o de sentido del honor. La dramatización del miedo de esos españoles degradados se reitera una y otra vez a lo largo del poema, a través de incidentes e imágenes, hasta alcanzar un carácter netamente grotesco. Al control absoluto de la situación, característico del conquistador mítico de las Cartas de relación, se opone aquí el comportamiento indigno de los españoles, que huyen despavoridos una y otra vez, poseídos del pánico más agudo, ante las arremetidas de los araucanos:

No aguardaban por esto, mas corriendo
juegan a mucha priesa los talones
al delantero sin parar siguiendo
que no le alcanzarán a dos tirones
votos, promesas entre sí haciendo
de ayunos, romerías, oraciones,
y aún otros reservados sólo al Papa,
si Dios deste peligro los escapa⁷³.

La narración nos presenta aquí un bando español ciego de miedo —«de temor ciego» dirá Ercilla—, en el que los heroicos guerreros se han transformado en hombres incapaces de enfrentarse a un enemigo más valiente que ellos, que sólo vacilan, huyen, rezan, tiemblan. Y la degradación del conquistador no se presenta como simple fenómeno individual sino como manifestación de una desintegración colectiva que se expresa reiterada-

mente a través de la pérdida de un elemento fundamental: la solidaridad. La narración puntualiza:

... El hermano no escucha al caro hermano
las lástimas allí son excusadas;
quien dos pasos del otro se aventaja
por ganar otros dos muere y trabaja.

Y añade:

A aquel que por desdicha atrás venía
ninguno, aunque sea amigo, le socorre⁷⁴.

Valdivia se pone a la cabeza de ese ejército grotesco, tan distinto del ejército unido y ejemplar de las Cartas de Cortés, pero no es ya Valdivia el valeroso conquistador que consiguió dominar el primero a un pueblo contra cuya resistencia y tenacidad se habían estrellado todos los anteriores invasores. Este Valdivia, al que la narración califica de «... perezoso y negligente / incrédulo, remiso y descuidado», no es ni sombra descolorida de aquél de quien, al principio del primer canto, se nos dice que le fue otorgada justamente la victoria inicial contra el ejército de Arauco:

A sólo el de Valdivia esta victoria
con justa y gran razón le fue otorgada
y es bien que se celebre su memoria
pues pudo adelantar tanto su espada.

En *La Araucana* Valdivia aparece como un miembro más de un ejército desprestigiado e indigno, al que no conseguirán

movilizar ni las imprecaciones de doña Mencía ni las arengas de Villagrán; un ejército que llegará al colmo de la ignominia en una escena en la que, después de ser derrotado estrepitosamente por los guerreros araucanos, huye de la persecución de sus mujeres, que muestran más valor y agresividad que ellos:

Mirad aquí la suerte tan trocada
pues aquellos que el cielo no temían
las mujeres, a quien la rueda es dada,
con varonil esfuerzo los seguían⁷⁵.

La inversión de papeles llega aquí a su punto máximo, al mostrarse la inferioridad de los españoles no ante guerreros mejores que ellos, sino ante la mujer, representación misma de debilidad y vulnerabilidad dentro del código guerrero caballeresco.

La presentación de los españoles a través de la acción que los enfrenta a los araucanos proyecta una caracterización profundamente negativa, cuyos elementos concretos (cobardía, deshonor, egoísmo, etc.) cancelan uno por uno los rasgos fundamentales del modelo heroico del discurso mitificador. Pero esta caracterización devastadora del bando español no se presenta como algo esencial ni permanente, sino como resultado de un proceso de decadencia. El texto no critica ni niega la excelencia del conquistador heroico que aparecía representado por el modelo del discurso mitificador. Por el contrario, invoca los términos de ese modelo, una y otra vez, no para criticar esa figura mítica que encarna los valores ideológicos en los que se apoya y justifica una agresión imperialista como la conquista, sino para señalar la distancia que media entre ella y la figu-

ra en la que el conquistador se ha transformado a través de un proceso de decadencia: la del colono encomendero. Simultáneamente, asocia esa forma de decadencia, de forma inequívoca, al desarrollo histórico de la colonia: en San Quintín, en Lepanto, los españoles recobran su brío y gloria, y no exhiben ninguno de los rasgos indignos que caracterizan su comportamiento frente a los araucanos.

Las imprecaciones de doña Mencía expresan la conciencia de esa decadencia que parece haber sufrido la figura mítica del conquistador dentro del contexto americano:

decidme ¿qué es de quella fortaleza
que contra los que así temeis mostrasteis?
¿Qué es de aquel alto punto, y la grandeza
de la inmortalidad a que aspirasteis?
¿Qué es del esfuerzo, orgullo, la braveza
y el natural valor de que os preciasteis?⁷⁶

El narrador, por su parte, corrobora esa percepción de la transformación del conquistador en encomendero como decadencia, desde el segundo punto de articulación de la caracterización: el comentario. Y añade un elemento nuevo a la serie de preguntas planteadas por doña Mencía cuando, además de la constatación de la transformación, presenta una explicación de sus causas. Esta explicación se concreta en dos puntos: el abandono de los valores heroicos que representaba la figura mítica del conquistador y la sustitución de cualquier ideal, objetivo trascendente, o proyecto de transformación, por un fin único: la satisfacción de la codicia. El conquistador de *La Araucana* se ha convertido en un ser despreciable, indigno, temeroso y degra-

dado, porque ha abandonado la heroica senda de las armas en favor de los mezquinos intereses materiales del encomendero explotador. Dice Ercilla refiriéndose a la realidad de decadencia del conquistador:

... esto que digo y la opinión perdían
por aflojar el brazo de la espada,

señalando el abandono de los valores heroicos, que representa la espada, como la causa fundamental de todos los infortunios y fracasos de los españoles dentro de las campañas araucanas.

Para el narrador, lo que está en la base de ese cambio de valores del conquistador es la codicia, «ocasión de tanta guerra / y pérdida total de aquesta tierra». Al final del canto segundo, Ercilla sintetiza simbólicamente en una sola estrofa su percepción de toda la problemática de la transformación del conquistador en colono y de sus efectos. Está hablando de Valdivia, que se dirige a reunirse con el ejército para llevar a cabo el castigo de Tucapel, castigo que se convirtió en triunfo espectacular de los indígenas y en derrota humillante de los españoles. Narra la estrofa que, después de que Valdivia hubiera acordado acudir al lugar convenido,

... resolute en hacer allí de hecho
un ejemplar castigo que sonase
en todos los confines de la tierra
porque jamás moviesen otra guerra,

cambió repentinamente de opinión:

Pero dejó el camino provechoso,
y, descuidado dél, torció la vía
metiéndose por otro, codicioso,
que era donde una mina de oro había,
y de ver el tributo y don hermoso
que de sus ricas venas ofrecía,
paró de la codicia embarazado,
cortando el hilo prospero del hado⁷⁷.

La elección de Valdivia contiene en esta estrofa todos los elementos centrales de la percepción que articula la crítica del conquistador que se desarrolla en *La Araucana*: La suerte se ha vuelto contraria a los españoles como castigo por el cambio de valores que implica el «torcer la vía», apartándose del camino heroico para seguir los impulsos del interés personal, que se expresan en el triunfo de la codicia sobre cualquier otro móvil de acción. La caracterización del camino de las armas es, en esta estrofa, inequívocamente positiva: «el camino provechoso»; y su abandono se identifica con la pérdida del recto camino —«tornar la vía»—, que adquiere un sentido metafórico; el móvil de este abandono es la codicia, que embaraza juicio y elección; su resultado es la ruptura de la tradición heroica victoriosa —«el hilo próspero»—, que se corta por la decisión equivocada de Valdivia.

La caracterización negativa del conquistador, que se presenta simultáneamente a través de la acción y del comentario del narrador, se confirma y completa desde el tercer punto de enfoque: la percepción del indígena. Esta percepción expresa una crítica igualmente dura de las dos vertientes que presenta la figura del conquistador en el contexto de las guerras de Arau-

co: la de guerrero y la de colono. Como guerrero, el español es, desde el punto de vista de los araucanos, tan despreciable como en la caracterización que resulta de la presentación directa de sus acciones vergonzosas o en la que proyectan los comentarios del narrador. Rengo los persigue en alguna ocasión, insultándolos y tratándolos de «infames y ruynes»; las estratagemas del ejército araucano y las trampas de Lautaro —cuando, por ejemplo, se queja de falta de víveres y de la debilidad de sus guerreros para provocar la agresión española— se apoyan todas en la seguridad que tienen los araucanos de la falta de sentido del honor, de la cobardía y de la fragmentación del ejército español. Hasta las mujeres araucanas dan por sentada la indignidad de un ejército que sólo sabe huir vergonzosamente ante el ataque, cuando se lanzan, preñadas y todo, en su persecución⁷⁸. La caracterización del español en su segunda vertiente, la del colono, no es más favorable, desde la perspectiva indígena. Tunconabala los califica de «insaciables avarientos» y reduce su retrato al de «barbudos crueles y terribles / del bien universal usurpadores», que siembran la destrucción y la injusticia por donde van. Finalmente, la identificación de sus acciones con la destrucción enlaza esta percepción araucana del colono con la percepción del propio narrador, quien llega a compararlos con una «banda de langostas» que arrasa y devora todo cuanto encuentra a su paso⁷⁹.

Desde tres enfoques distintos (acción, narrador y percepción indígena), Ercilla articula una caracterización del conquistador profundamente negativa. En el contexto de la representación de las guerras contra Arauco sólo subsisten dos de las tres vertientes que presenta esta figura a lo largo del discurso narrativo de la conquista. El modelo heroico del discurso miti-

ficador no es en *La Araucana* más que un recuerdo al que se refiere el texto —a través de imprecaciones o arengas como las de doña Mencía y Villagrán— para subrayar la degradación actual que separa, en la representación, la figura del guerrero de la del colono. La acción deshonrosa del ejército español; los comentarios del narrador, explícitos y moralizantes en algunos casos —la crítica a la codicia del principio del canto III, por ejemplo—, velados en estrofas como la que denuncia la decadencia de Valdivia que cité más arriba, y el desprecio que se desprende de la evaluación de los indígenas convergen en una representación única y coherente del conquistador como encarnación de los rasgos más despreciables y de los intereses más mezquinos. Los elementos concretos de la caracterización (la codicia, la cobardía, el egoísmo, la crueldad, etc.) enlazan directamente con la crítica de esa figura que desarrolló Bartolomé de las Casas en sus escritos. Pero la percepción ideológica, que en *La Araucana* parece presentar estos rasgos no como algo inseparable de la función necesariamente violenta y opresora de todo conquistador sino como estado transitorio resultante de un proceso de evolución histórica, que se percibe como decadencia, liga de forma clara la caracterización del conquistador que encontramos en este poema con las de los textos del discurso narrativo de la rebelión. Para Las Casas, la degradación moral del conquistador era inseparable de la ideología que representaba, ideología que pretendía justificar un proyecto de expropiación y explotación profundamente inaceptable e injusto. Pero para Ercilla, como para Aguirre, el punto de partida de la crítica no es —como para Las Casas— el rechazo global de la noción misma del derecho de conquista y expropiación, sino la percepción del desajuste que existe entre los modelos propuestos

por la ideología dominante —los mismos que encontraban su expresión literaria en los textos del discurso mitificador— y la realidad de corrupción, explotación e injusticia de la sociedad colonial. Ese desajuste se percibe en *La Araucana* —y también en los textos del discurso de la rebelión— como resultado de un proceso de decadencia que aparece identificado con el de transformación histórica del guerrero heroico, glorificado por los textos del discurso mitificador, en el colono ávido de poder y de ganancia —la gente de «caçabe y arepas» contra la que dirige su odio Lope de Aguirre—, o los encomenderos reblandecidos y negligentes a los que Ercilla castiga con derrotas y humillaciones en el texto de *La Araucana*⁸⁰.

El carácter aparentemente desprovisto de unidad, e incluso abiertamente contradictorio, de una caracterización de los españoles que incluye presentaciones tan opuestas como la del heroico ejército de Lepanto y la caricatura de ejército de la batalla de Andalicán expresa la percepción personal que tiene Ercilla de esa transformación histórica. Para esta percepción, como para la que articulaba los textos del discurso narrativo de la rebelión, la causa de la transformación es la pérdida de los valores heroicos por parte de una clase social en ascenso, que ha cambiado la gloria de las armas por las intrigas y los mezquinos intereses materiales de los encomenderos. El discurso narrativo de la rebelión y el poema de Ercilla no sólo expresan con respecto a este punto una misma percepción de la realidad colonial, sino que ambos proponen atajar la decadencia, que identifican con ella, con un retorno a los valores heroicos y trascendentes abandonados, anticipando así todo el movimiento de retorno nostálgico a los valores mitificados de una edad dorada, tan característico del Barroco. En el poema, la recuperación

de esos valores heroicos se traduce inmediatamente en la victoria, como en Lepanto, donde, subraya Ercilla, «la justísima causa que seguimos / nos tiene la victoria asegurada»⁸¹; mientras que la derrota frente a los araucanos se convierte en condena y castigo severo debido a la sustitución de la filosofía heroica del guerrero por la del encomendero explotador.

En el contexto del poema, los herederos de los valores heroicos del modelo creado por el discurso mitificador no son los españoles sino los araucanos. Y es precisamente esta ejemplaridad de la conducta y de los valores araucanos que presenta el poeta lo que unifica en un mismo proyecto crítico los dos procesos antitéticos de exaltación del indígena y cuestionamiento del español, que organizan las dos estructuras paralelas de caracterización de *La Araucana*. Para Ercilla, los araucanos no sólo son seres humanos —por oposición a una tradición que los percibía como bestias u objetos— sino que representan precisamente todo aquello que los españoles han dejado de ser, y encarnan todas las virtudes que los españoles han acabado por traicionar. En esto se concreta exactamente su superioridad dentro de la obra, y es esto lo que determina el lugar predominante que le corresponde al pueblo araucano dentro del poema, donde el narrador acabará proponiéndolo explícitamente como modelo:

Dejen de encarecer los escritores
a los que el arte militar hallaron,
ni más celebren ya los inventores
que el duro acero y el metal forjaron,
pues los últimos indios moradores
del araucano estado así alcanzaron

el orden de la guerra y disciplina
que podemos tomar dellos doctrina⁸².

En este sentido, el enfrentamiento entre araucanos y españoles expresa, dentro del texto, la confrontación de dos concepciones del mundo. Y es precisamente el retorno de los españoles a los valores heroicos, que vuelven a ejemplificar en la batalla de Lepanto y en las campañas militares de la segunda parte del poema, lo que hace que su acción culmine en la victoria final sobre los araucanos. Sin duda, la exaltación del pueblo araucano entronca intencionalmente, tal como lo ha señalado J. Durand⁸³, con los grandes debates lascasianos, y se nutre de esa tradición. Pero la caracterización mitificadora del pueblo araucano cumple otra función no menos importante que la de reivindicación de la humanidad del indígena americano: la de ilustrar, por contraste, la decadencia de una concepción del mundo y de unos valores heroicos; decadencia que el poeta parece percibir como única causa de los problemas, abusos, injusticias y corrupciones de la colonia. Desde esta percepción, la crítica subversiva y radical, que parecen anunciar los procesos paralelos de mitificación indígena y denigración española dentro del poema, se frustra y neutraliza. Ambos aparecen entrelazados en un proyecto de crítica en el que el juicio moral irá sustituyendo paulatinamente a una denuncia que no se acaba de llevar hasta sus últimas consecuencias. En el nivel de la caracterización de los personajes, lo que queda finalmente de esa denuncia es la condena de un moralista que, desde una postura de aceptación tácita de los principios fundamentales de la sociedad en que se integra, irá cuestionando los efectos de la misma ideología cuyos valores fundamentales comparte y defiende.

La crítica que está implícita en el desarrollo paralelo de los dos procesos antitéticos de caracterización de araucanos y españoles parece, pues, circunscribirse a unos objetivos muy limitados (el conquistador decadente y la corrupción de la colonia), dejando intactas la figura ideal del conquistador y la validez misma de la conquista. Aparentemente, la percepción que enfrenta la caracterización de unos araucanos modélicos con la de unos conquistadores decadentes critica a estos últimos precisamente por la distancia que los separa de un modelo heroico cuya excelencia se ve así implícitamente reafirmada. Sin embargo, esta reafirmación se va a ver cuestionada de forma indirecta pero inequívoca dentro del propio texto, a través de dos elementos fundamentales: la presentación utópica de la América precolumbina y la caracterización negativa del proceso de conquista, que culmina en la denuncia de su significado real. El episodio clave para comprender el alcance de esta denuncia es el que narra la expedición encabezada por don García, y en la que participó el propio Ercilla, a las tierras del sur de Chile.

Los críticos han señalado repetidamente el carácter idílico de este episodio, que contrasta con la violencia que domina la narración en la mayor parte del poema. Pero interesa aquí profundizar en la estructura y el significado de este episodio en el que se expresan simultáneamente una percepción individual del significado del proceso de la conquista de América, una crítica devastadora de esa conquista y del proyecto que la impulsó y una alternativa posible al proceso histórico de dominio y explotación, que aparece irrevocablemente condenado.

El episodio de la expedición austral se organiza como representación condensada del desarrollo de todo un siglo de conquista americana. Todo el proceso de transformación de per-

cepción y conciencia —que se va articulando literariamente en el desarrollo que va desde los primeros textos del discurso mitificador hasta la expresión textual de una incipiente conciencia crítica que constituyen los del discurso narrativo del fracaso— aparece indicada en él. El parlamento de don García al comienzo del canto XXXV abre un nuevo ciclo imaginario de conquista que retorna ficticiamente al punto de partida del proceso histórico de conquista de América que ya está tocando a su fin. Su objetivo real es la exploración de la franja de tierra del sur de Chile y de sus islas, pero, en la ficción del relato, ese objetivo se transforma en «otro nuevo mundo», en un «tercer mundo» que, como el Nuevo Mundo de la conquista española de América, habría sido reservado por la providencia sólo para ellos. Dice don García:

veis otro nuevo mundo que encubierto
los cielos hasta agora le han tenido
el difícil camino y paso abierto
a sólo vuestros brazos concedido.

Como en los textos del discurso colombino, la providencia avalla aquí ficticiamente un proyecto de engrandecimiento y enriquecimiento personal que constituye el único móvil de la acción y que don García resume diciendo que «siendo de tan grande empresa autores / habéis de ser sin límite señores»⁸⁴. A partir de este parlamento, que define el objetivo de la imaginaria conquista de un tercer mundo inexistente, los elementos fundamentales que organizan la representación arquetípica de la *entrada de conquista* se suceden; el enunciado del objetivo como botín y del derecho de conquista inseparable de un proyecto de saqueo

y expropiación: «Sus, tomad posesión todos a una / desas nuevas provincias y regiones / donde os tienen los hados a la entrada / tanta gloria y riqueza aparejada»⁸⁵; el primer contacto decepcionante con los indígenas primitivos y pobres: «brutos, campesinos, rústicos, salvajes / de fieras cataduras y visajes»⁸⁶; el intercambio de regalos y baratijas por información y guías indígenas, cuando don García ofrece «cuentas de vidrio de colores / con doce cascabeles soñadores», a cambio de «una práctica lengua y fida guía»⁸⁷; la aparición de las falsas relaciones indígenas, que alude a los procesos de mitificación de informaciones y leyendas: «La cual nos iba siempre asegurando / gran riqueza, ganado y poblaciones / los ánimos estrechos ensanchando / con falsas y engañosas relaciones»⁸⁸; la decepción del fracaso de la búsqueda de los falsos objetivos prometidos, y la emergencia de la naturaleza como elemento central de la narración, cuando, al desaparecer el guía mentiroso, los exploradores se encuentran a su merced; la transformación de los elementos de la naturaleza en sujetos activos y de los expedicionarios en víctimas que se limitan a defenderse de un cielo inclemente, unos pantanos donde perecen los caballos, y una vegetación que expresa en su hostilidad la decisión de la tierra: «Unos presto socorro demandaban / en las hondas malezas sepultados / otros “¡ayuda!”, “¡ayuda!” voceaban / en húmedos pantanos atascados; / otros iban trepando, otros rodaban / los pies, manos y rostros desollados / oyendo aquí y allá voces en vano, / sin poderse ayudar ni dar la mano»⁸⁹; y, finalmente, la sustitución, frente a esta realidad, del objetivo de enriquecimiento y poder por el de supervivencia, y de la ambición por la esperanza de ir satisfaciendo las necesidades básicas: «Así pues nuestro ejército rompiendo / de sólo la esperanza alimentado / pasaba a puros brazos»⁹⁰.

Al llegar a este punto de la representación del proceso histórico de la conquista, se trunca el paralelismo para dar paso a una narración que irá articulando la alternativa utópica. Porque, a diferencia de lo que sucedió en la realidad histórica que estaba en la base de los textos del discurso narrativo del fracaso, el proceso de transformación de objetivos, que culminaba en aquellos textos en una especie de experiencia ascética como consecuencia del fracaso en la búsqueda de los objetivos perseguidos, aquí culmina transitoriamente en un «final feliz» que es como la segunda oportunidad que jamás tuvieron De Soto, Coronado, Narváez, Ursúa y todos los demás buscadores de sueños fabulosos que atravesaron el continente en todas las direcciones. Al cabo de siete días de sufrimientos y mortificaciones, don García y los suyos llegan a un lugar paradisíaco: los archipiélagos del sur de Chile. La caracterización de estas tierras presenta un carácter claramente utópico, que se hace implícitamente extensivo a toda la América precolombina: este lugar es paradisíaco e idílico por una razón que Ercilla enuncia con toda claridad:

Estaba retirada en esta parte
de todas nuestras tierras excluida
que la falsa cautela engaño y arte
aún nunca habían hallado allí acogida⁹¹.

La implicación es clara: estas tierras edénicas han podido preservar su verdadera naturaleza paradisíaca gracias al aislamiento que las ha mantenido alejadas de todo contacto con aquel proceso que ha ido convirtiendo las tierras americanas en «nuestras tierras» y difundiendo simultáneamente «la cautela y el enga-

ño». Implícitamente el proyecto de cristianización y civilización, reivindicado por la ideología oficial para justificar la conquista, aparece desenmascarado y reducido a su resultado real: el abuso y la explotación, que han provocado, por reacción, la «cautela» y el «engaño» entre los indígenas. Esta redefinición del significado real de la conquista se reafirma poco después, cuando, al concluir la caracterización idílica de los habitantes de estas tierras, dice Ercilla:

La sincera bondad y la caricia
de la sencilla gente de estas tierras,
daban bien a entender que la codicia
aún no había penetrado aquellas sierras,
ni la maldad, el robo, la injusticia
(alimento ordinario de las guerras)
entrada en esta parte habían hallado,
ni la ley natural inficionado⁹².

El efecto corruptor y destructor de la conquista se denuncia aquí de forma explícita. Pero hay algo más: ya no es posible limitar el alcance de la condena a la forma específica en que se ha desvirtuado el proyecto inicial de cristianización y civilización en el contexto histórico específico de la conquista americana; desvirtuación que, en el nivel de la caracterización, se expresaba en la oposición entre el modelo del conquistador y la realidad del encomendero. Lo que aparece cuestionado aquí, a diferencia de lo que sucedía con el discurso narrativo de la rebelión o en la caracterización del conquistador que encontramos en el mismo poema, es el modelo mismo de conquista imperialista («las guerras») y la corrupción no se percibe ya como

un caso particular sino como algo inseparable de la violencia, sea cual sea el proyecto que la impulse y la ideología que la justifique. Al modelo de «la guerra» se opone la alternativa utópica ofrecida por el jefe indígena de «blanco gesto»⁹³, que equivale a una propuesta de sustitución del modelo de conquista y explotación imperialista por uno de convivencia igualitaria y pacífica de pueblos y culturas diferentes:

si queréis amistad si queréis guerra
 todo con ley igual os ofrecemos:
 escoged lo mejor que, a elección mía,
 la paz y la amistad escogería⁹⁴.

Pero la posibilidad de esta solución de resonancias lascasianas se va a ver de nuevo malograda en *La Araucana*, y el ciclo imaginario de descubrimiento del «tercer mundo» desembocará dentro del poema en la misma realidad degradada en la que ha desembocado ya el ciclo histórico de la conquista de América:

Pero luego nosotros destruyendo
 todo lo que tocamos de pasada
 con la usada insolencia el paso abriendo
 les dimos lugar ancho y ancha entrada:
 y la antigua costumbre corrompiendo
 de los nuevos insultos estragada,
 plantó aquí la codicia su estandarte
 con más seguridad que en otra parte⁹⁵.

A través de estos versos, y de la liquidación que implican tanto de la propuesta de paz como de la armonía que caracteriza la

representación de la América precolombina que ofrece el episodio, la conquista aparece definitivamente identificada con la destrucción, la violencia, la corrupción y la explotación de la realidad americana.

No es la única vez que Ercilla critica con dureza el proceso de la conquista de América. A lo largo del poema, esta conquista se ha visto abiertamente cuestionada de muy diversas maneras. Repetidamente, a través de la caracterización y de la acción, Ercilla ha identificado conquista con opresión, y resistencia indígena con lucha por la libertad. Los discursos de los jefes indígenas —piénsese, por ejemplo, en Galbarino en el canto XXIII— y los comentarios del narrador han desenmascarado la realidad de codicia y violencia que se oculta bajo la retórica en la que se expresa el modelo ideológico de justificación. Ya Galbarino ha denunciado la verdadera naturaleza de aquellos «adúlteros, ladrones e insolentes», que posan de defensores de la fe y de civilizadores desinteresados y heroicos. Pero siempre era posible argumentar que toda esta caracterización negativa de la conquista se refería a la *forma* específica que había tomado la conquista de América en manos de los aventureros abusivos que controlaban la mayor parte de la colonia a la llegada de Ercilla. La importancia del episodio que acabo de analizar estriba precisamente en que define de forma inequívoca y definitiva el alcance global de la crítica de la conquista que se inscribe en el poema, sin que este alcance consiga verse desvirtuado ni siquiera por las declaraciones generales en defensa del derecho de guerra que añadiría Ercilla, posteriormente, en el canto XXXVII. En el contexto de la expedición austral, la crítica de la conquista deja de circunscribirse a los efectos particulares de la conquista de América, para condenar todas las

conquistas; cuestiona no las consecuencias de la aplicación concreta del modelo ideológico imperialista, sino el modelo mismo; deja de rechazar la brutalidad específica de las guerras de conquista españolas para pasar a rechazar todas las brutalidades que percibe ya como inseparables de todas las guerras. La alternativa que se propone implícitamente a la degradación de la realidad de la colonia no es otra conquista más fiel a los principios más puros del modelo ideológico que encarnaba la figura heroica del conquistador del discurso mitificador —ésta era la propuesta en que culminaba el discurso de la rebelión—, sino una sociedad fraternal y justa como la que podría levantarse sobre la propuesta de convivencia pacífica formulada por el jefe de los indígenas de la región austral.

La coexistencia, dentro del texto del poema, de una crítica —a veces profundamente radical— de la conquista imperialista con una glorificación abstracta del orden ideológico y social que la sustenta, y que aparece presidido por la ensalzada figura de Felipe II; la contraposición de formas contradictorias de representación de la realidad natural americana; el desarrollo paralelo de dos formas antitéticas de caracterización de los dos bandos, que concede la superioridad moral al araucano, pero el apoyo de Dios y la victoria final al español⁹⁶, y la contigüidad de un proceso de cancelación de los estereotipos a que han ido reduciendo la realidad americana los textos del discurso oficial —«la historia general»⁹⁷, como la llama Ercilla— con otro proceso de creación de unas estructuras de integración que desvirtúan por completo aquella realidad misma cuya auténtica naturaleza se quiere reivindicar, expresan, en la representación de la realidad de la conquista que organizan, una conciencia profundamente atormentada y dividida. Son la ambigüedad y las

contradicciones internas de esa conciencia las que generan el interminable juego de contradicciones y oposiciones, de compromisos y falsas soluciones que organizan toda la poética de *La Araucana*. Pero el punto clave de articulación en el que se centra en el poema la expresión de esa nueva conciencia, que ha dejado de poder identificarse plenamente con una concepción del mundo propia de la Europa del siglo XVI sin lograr integrarse en una realidad histórica y cultural americana, que en parte admira, en parte rechaza y en parte desconoce, es la caracterización y el desarrollo de la figura del narrador.

La importancia de la figura del narrador dentro del poema ha sido señalada y estudiada numerosas veces por la crítica. Ya en el siglo XIX, Manuel José Quintana afirmó tajantemente su importancia en estos términos: «lo más singular así como lo más recomendable que hay en *La Araucana* es el personaje del autor»⁹⁸. Desde entonces, numerosos críticos han abordado el análisis de este personaje desde los más variados enfoques y en relación con los problemas más diversos. Y este interés refleja bien la importancia clave de esta figura como punto de articulación central de la compleja problemática que organiza el poema, a la vez que expresa la riqueza que alcanza la caracterización de la figura del narrador dentro de la obra.

En la caracterización del narrador convergen en forma condensada las contradicciones fundamentales de la percepción de la realidad que se expresa a lo largo de todo el poema; y es esta convergencia lo que transforma la caracterización, la trayectoria y el desarrollo de dicha figura dentro de la obra en expresión exacta de la nueva conciencia ambigua y contradictoria a la que me refería más arriba. El propio Ercilla introduce y afirma esa división cuando se presenta a sí mismo con «la pluma

ora en la mano, ora la lanza», reconociendo su desdoblamiento en las funciones básicas de soldado y poeta, y la crítica, desde Valbuena Briones hasta Avalor Arce, ha abordado de distintas formas esa doble función⁹⁹.

Aun así, el proceso de caracterización del narrador es mucho más complejo de lo que esa dicotomía, reconocida por el propio autor, parece anunciar. La complejidad resulta, en primer lugar, del hecho de que no hay exactamente dos funciones, sino varias flexiones de una misma figura; y, en segundo lugar, del dinamismo que presenta el juego de eclipses y reapariciones del sujeto narrativo dentro del poema. Estas oscilaciones de la figura no expresan distintas funciones —poeta vs. soldado—, sino distintos grados de distanciamiento de ese poeta-soldado, que es el narrador, con respecto a los sucesos particulares de una acción en la que se ve doblemente implicado: como soldado y como cronista. Y el problema central que se expresa en las oscilaciones de la caracterización del narrador es la imposibilidad de conciliar una percepción crítica del proceso de la conquista con una adhesión implícita a los principios ideológicos que están en su base, adhesión que se desprende del hecho mismo de la participación del personaje en una acción que, de forma global, reprueba.

La forma pronominal de caracterización directa del sujeto narrativo es el *yo*, y, si analizamos la caracterización del narrador que se centra en ese *yo* poético, observamos que ésta es casi en todo coherente con la conciencia crítica que cuestiona desde dentro del poema el modelo ideológico y político que articula la conquista. Basta examinar la mayoría de las acciones y comentarios atribuidos explícitamente al *yo* para comprobar esta coherencia de la caracterización directa del

narrador. El *yo* narrativo consuela heroínas desvalidas, protege mujeres abandonadas, defiende la honra de las ausentes, como Dido, y cura las heridas de la desdichada Lauca. Es, pues, un caballero galante que actúa movido por la bondad, la compasión y la lealtad. Y esta caracterización del sujeto narrativo no se limita a los episodios intercalados ni a la relación del narrador con las mujeres. Es la misma que se desprende de episodios en los que lo vemos empeñado en evitar una crueldad, como, por ejemplo, en el episodio en el que intenta salvar a Galbarino de la horca:

*Yo a la sazón al señalar llegando
de la cruda sentencia condolido
salvar quise uno dellos...*

O de la valerosa y justiciera intervención del poeta-soldado para salvar de la muerte a Cariolano:

*Yo, que ver tal batalla no quisiera
al animoso mozo aficionado
en medio me lancé diciendo: ¡Afuera
caballeros, afuera, haceos a un lado!
que no es bien que el valiente mozo muera
antes merece ser remunerado
y darle así la muerte ya sería
no esfuerzo ni valor mas villanía¹⁰⁰.*

O, finalmente, de la generosidad con la que devuelve la libertad a Cariolano para que éste pueda reunirse con su amada Glaura, diciendo:

... Amigos adiós; y lo que puedo
que es daros libertad, yo os la concedo¹⁰¹.

Esta caracterización del narrador, que nos lo presenta a través de la acción como personaje bondadoso, justo e imparcial, es decir, como el prototipo del caballero cristiano, se completa con la caracterización que se realiza a través de las intervenciones directas en los comentarios. Estos comentarios directos que hace el poeta sobre acciones o comportamientos de otros personajes constituyen otras tantas veladas declaraciones de principios frente a la ideología oficial que está cuestionando. Ejemplo de este tipo de intervenciones son los versos en los que el narrador expresa su condena radical ante la ejecución final de Galbarino:

con gran solemnidad y desatino
fue el insulto y castigo injusto hecho,
pagando allí la deuda con la vida
en muchas opiniones no debida¹⁰².

La caracterización de la figura del narrador que se articula en torno a la forma pronominal de primera persona del singular tiende a imponerse como única, tanto por la coherencia que presenta en la mayor parte del poema como por el plano predominante que ocupa en la estructura del relato; como tiende también a hacernos olvidar que esa caracterización no recoge más que *algunos* aspectos del personaje, a la vez que elimina o reduce al máximo otros que no son menos reales pero que cuestionan profundamente su aparente coherencia desde dentro del poema. Más concretamente, los que se relacionan con la participación activa del poeta en la acción de la conquista. La carac-

terización directa del narrador que se centra en torno al *yo* narrativo reduce esa participación del poeta en la acción a honorables actos de justicia y caridad, y ésta no es la única forma en la que el texto neutraliza una participación en la acción que implica forzosamente algún grado de adhesión a la misma ideología que se está poniendo repetidamente en tela de juicio. Las ocasiones en las que el poeta aparece explícitamente tomando parte en acciones militares contra los araucanos son solamente tres. En la primera, la descripción de esa participación:

... fue acordado que algunos se partiesen
por los vecinos pueblos y alquerías...
Así yo apercebido, sordamente

en medio del silencio y noche oscura,
dí sobre algunos pueblos de repente,

se ve neutralizada inmediatamente después, y dentro aún de la misma estrofa, por una crítica velada de la conquista y una presentación compasiva de los indígenas :

...donde la miserable y triste gente
vivía por su pobreza en paz segura
que el rumor y alboroto de la guerra
aún no la había sacado de su tierra¹⁰³

que cuestiona los métodos de agresión y violencia de la conquista.

En la segunda ocasión, el poeta subraya con claridad que participó en la persecución de los araucanos porque Juan Remón

le obligó por su honor a hacerlo, de tal forma que «del honor y vergüenza compelido» no pudo excusarse de actuar de esa manera. En la tercera, la acción se muestra como legítima defensa en una situación desesperada en la que el narrador se ve obligado a pasar al ataque:

Viéndonos ya vencidos sin remedio
por la gran multitud que concurría,
procuré contener el postrer medio
que en nuestra vida y salvación había...
... dándoles una carga de repente
de arcabuces y piedras que, os prometo
que aunque llevó de golpe mucha gente
hizo el súbito miedo mas efeto¹⁰⁴.

En el resto del poema, la contradicción fundamental entre la participación en una guerra de conquista y el rechazo de la idea misma de conquista y guerra desemboca siempre en una resolución de la oposición en favor del segundo término (el rechazo), y esta resolución se expresa textualmente en el juego de apariciones y elipsis de la figura del poeta dentro de la acción de la conquista.

Este progresivo eclipse del *yo* narrativo, a medida que la acción en la que el poeta está participando se vuelve más y más problemática, se expresa muy gráficamente en la sustitución de las formas pronominales que representan al sujeto de la acción. El *yo* se reserva para las acciones irreprochables que tienen como móvil el honor, la justicia y la caridad cristiana. El *nosotros* sustituye generalmente al *yo* para narrar acciones guerreras legítimas y necesarias, o situaciones colectivas no clara-

mente cuestionables desde la perspectiva crítica que organiza el poema; por ejemplo, cuando narra: «Nosotros no sin causa sospechosos / allí más de dos meses estuvimos», o bien, «... cuando fue de nosotros coronada / de una gruesa muralla la montaña»¹⁰⁵. Pero cuando se trata de acciones a todas luces cuestionables, el narrador se disocia implícitamente de ellas, sustituyendo la forma *nosotros* —que, aunque eliminaba el protagonismo de la primera persona del singular, todavía implicaba participación del narrador en la acción colectiva— por las formas *los nuestros* o *nuestra gente*. Son *los nuestros* los que persiguen implacables a los araucanos después de la derrota del ataque al fuerte; y los que derriban y hieren a los rezagados; los que, tras la batalla de Millarapué, toman represalias que «deslustran la victoria» con «cruelles armas y actos inhumanos»; y los que huyen con cobardía en la derrota de Andalicán, abandonando finalmente al enemigo la ciudad de Concepción. En otros casos, ese tipo de acciones deshonorosas o violentas aparecen realizadas por un sujeto que expresa todavía un grado mayor de distanciamiento por parte del narrador: la tercera persona del plural, o el sujeto colectivo *españoles*, *española gente*, que al no aparecer acompañado por la forma posesiva *nuestros* y *nuestra* borra el débil lazo pronominal que ligaba todavía la acción reprochable a la responsabilidad del narrador. Y, finalmente, la forma más extrema de rechazo de la acción se concreta en el poema en la desaparición de cualquier forma pronominal o sujeto identificable de la acción, que se presenta en forma de construcción impersonal. Las represalias de los españoles vencedores que ahorcan en masa a los mejores guerreros araucanos, por ejemplo, se expresan así:

estos fueron allí constituidos
para amenaza y miedo de la gente
quedando por ejemplo y escarmiento
colgados de los árboles al viento¹⁰⁶.

Cualquier indicación de sujeto responsable, cualquier relación entre la acción narrada y el narrador han desaparecido de esta estrofa. La sintaxis expresa, en la doble construcción impersonal, el distanciamiento crítico radical del narrador y, simultáneamente, el rechazo de cualquier forma de responsabilidad.

La misma construcción impersonal se utiliza para narrar la ejecución de Galbarino, en la estrofa ya citada en la página 472, y en la estrofa que describe su muerte de este modo:

al cuello el corredizo lazo echado
quedó en una alta rama suspendido¹⁰⁷.

También la ejecución cruel de los trece caciques, después del fracasado ataque al fuerte, retoma la construcción impersonal:

donde trece caciques elegidos
para ejemplar castigo y escarmiento,
a la boca de un grueso tiro atados
fueron, dándole fuego ajusticiados¹⁰⁸.

La ejecución de Caupolicán, por otra parte, adquiere en su primera fase (el empalamiento) un carácter de suicidio que honra el valor del caudillo y des-responsabiliza transitoriamente al bando español, para ser consumada por los disparos de seis anónimos flecheros. Y el distanciamiento implícito en la anonimidad

de los responsables se refuerza con la crítica explícita en la que el *yo* narrativo reaparece al final del episodio para puntualizar que en aquella ocasión no sólo él no fue participante sino que ni siquiera se halló entre los testigos, y subraya que

si yo a la sazón allí estuviera
la cruda ejecución se suspendiera¹⁰⁹.

El grado de proximidad e implicación del sujeto narrativo en la acción que relata *La Araucana* está siempre en relación inversa con el carácter reprobable que presenta esta acción para la conciencia crítica que se expresa en el poema. En las disquisiciones generales sobre moral y literatura, en los episodios intercalados de heroínas indígenas en los episodios imaginarios, y en los de exploración, el *yo* aparece situado en el centro de una acción con la que se identifica plenamente. En las escenas de violencia militar, en los actos de represión brutal, en las ejecuciones crueles de caciques y líderes indígenas, el narrador se eclipsa por completo, narrando, en forma que oscila entre la tercera persona y la forma impersonal, unas acciones de las que se desliga totalmente. Estas oscilaciones de la distancia del sujeto narrativo con respecto a la acción narrada se producen a veces con gran rapidez dentro de un mismo episodio, pero siempre siguiendo la relación inversa enunciada más arriba. En el ataque al fuerte de Penco, por ejemplo, la narración se inicia con el *yo* del soldado Ercilla que se está vistiendo apresuradamente las armas. Pero este *yo* se eclipsa enseguida para dar paso a la narración de la violenta batalla, que ocupa todo el canto XIX, y que aparece protagonizada por *nuestra gente, los nuestros, la española gente, y ellos*. El final de la batalla y la remisión de la

violencia marcan el retorno a la forma *nosotros*, que nos aproxima ya un grado más al narrador. Pero el *yo* no volverá a situarse en el centro de la acción hasta la llegada de la noche que sigue a la batalla, donde su actividad («de un canto al otro canto paseando») se opondrá implícitamente a toda la violencia anterior que aparecía protagonizada por *nuestros arcabuceros*, quienes «... aquel día / habían hecho gran riza y batería». La actividad en la que vuelve a aparecer como protagonista el sujeto narrativo representado por el *yo*, lejos de comprometerlo en la acción bélica que se acaba de narrar extensamente lo presenta como compasivo y generoso caballero en el episodio de Tegualda. La misma evolución de la distancia observamos en otros episodios como, por ejemplo, el del asalto al fuerte español en el canto XXXI. El *yo* narrativo introduce la batalla al final del canto XXXI para eclipsarse inmediatamente después en la narración de la «riza, destrozo y batería» que se atribuyen a *los nuestros* y *ellos*. La batalla concluye con las ejecuciones de guerreros araucanos, que aparecen narradas en forma impersonal, y sólo después de cerrado el ciclo de la violencia de la acción del ejército conquistador vuelve a reaparecer el *yo*, que protagoniza primero una entrada de exploración y luego el episodio de la salvación y cura de la infeliz Lauca.

La caracterización directa del sujeto narrativo se articula sobre unas acciones y comentarios que cuestionan profundamente el modelo ideológico sobre el que se apoya el proyecto de conquista y explotación de América; y el distanciamiento, explícito o implícito, del narrador con respecto a todas aquellas acciones que se definen como reprobables desde la perspectiva crítica que se expresa en la caracterización del *yo* cuestiona y rechaza el proceso mismo de la acción concreta de esa

conquista. Sin embargo, ni la caracterización del *yo* está tan desprovista de fisuras como parece a primera vista ni el distanciamiento es siempre tan sistemático como en los episodios analizados. El propio Ercilla es consciente del carácter a veces contradictorio de las declaraciones del narrador y de la inconsistencia ocasional de sus elecciones y actuaciones. Por ello sale al paso de las críticas que ambas puedan provocar, cuando en el canto XXXVII define su postura en relación con la legitimidad del uso de la fuerza y del castigo:

Quiérome declarar, que algún curioso
dirá que aquí y allá me contradigo,
virtud es castigar cuando es forzoso
y necesario el público castigo¹¹⁰.

En esta estrofa intenta Ercilla justificar la presencia en el texto de dos actitudes contradictorias. La primera es una actitud de condena global de la violencia de la conquista y de rechazo de la pretendida legitimidad de una agresión imperialista. La segunda, que se llega a formular de forma explícita en el canto XXXVII, afirma la necesidad de la guerra como instrumento para la preservación de la paz, declara que la guerra es «derecho de las gentes», y que, aunque hay guerras injustas, también las hay justas. Guerras justas serían las que tuvieran como móvil y objetivo la preservación de la república, de las leyes políticas y de la paz. Mientras que todas las demás, es decir, las que estuvieran impulsadas por el interés, la ambición, el odio o la venganza, serían guerras injustas. Y esta última categoría incluye implícitamente las guerras imperialistas de conquista, que aparecen representadas dentro del poema por las campañas de la guerra de Arauco.

Con las explicaciones y las declaraciones explícitas del canto XXXVII, Ercilla logra conciliar, en el plano ideológico, dos actitudes aparentemente contradictorias que están en la base de algunos de los aspectos más ambiguos del poema. Pero sólo en el plano ideológico, porque en el plano literario, es decir, en el texto mismo del poema, las contradicciones subsisten, aunque no se expresen en la forma abierta del comentario o de la intervención directa del narrador. Subsisten en algunas inconsistencias que afloran en la caracterización de los dos bandos, en la representación de la acción y en la adjetivación de personajes y situaciones¹¹¹. Es cierto que Ercilla crea una caracterización mitificadora del pueblo araucano que cancela implícitamente toda una serie de estereotipos creados por el discurso mitificador y por los textos de la versión oficial de la conquista. Pero si es innegable que Ercilla glorifica y mitifica al hombre americano, no es menos cierto que, junto a una caracterización sumamente positiva que presenta a los araucanos como «gente libertada», emerge, de vez en cuando, otra visión que los califica de «desvergonzado pueblo». Ercilla ensalza las virtudes heroicas del pueblo araucano, la dignidad e independencia de sus jefes más señalados, que aparecen en el poema como «gallardos bárbaros» o «bárbaros valientes»; pero también califica a uno de los araucanos más heroicos, dignos e irreductibles, en términos inconfundiblemente negativos, cuando llama al admirable Galbarino «bárbaro infernal».

Esas fisuras que presenta la conciencia crítica del narrador, y que afloran de vez en cuando en la caracterización de los dos bandos, se manifiestan también, aunque rara vez, en una reducción drástica de la distancia crítica del narrador frente a alguna acción reprochable. Piénsese, por ejemplo, en el castigo de Gal-

barino, cuando, ante el hecho injustificable y cruel, el narrador no toma la distancia acostumbrada frente a ese tipo de situaciones, no se disocia de la acción a través de la sustitución habitual de las formas pronominales de primera persona por otras de tercera persona o por construcciones impersonales, sino que afirma su participación doblemente: admitiendo que se hallaba presente y que no hizo nada por evitar el «ejemplar castigo» del guerrero araucano y confesando que compartió con los responsables de ese castigo el enojo que templaba la compasión que hubiera debido suscitar un suceso tan injustificable¹¹².

Las explicaciones y puntualizaciones del narrador dentro del canto XXXVII revelan hasta qué punto Ercilla era consciente de las tensiones ideológicas que se daban dentro del poema y ofrecen una resolución teórica a esas tensiones. Por otra parte, las dos últimas estrofas del canto XXXI expresan la lucidez con la que Ercilla se daba cuenta de sus propias contradicciones internas y de la forma en que éstas se traducían: por un lado, en ambigüedades e inconsistencias dentro del poema; y, por otro, en una relación sumamente conflictiva entre el poeta y su obra. Dice Ercilla así:

No sé con qué palabras, con qué gusto
este sangriento y crudo asalto cuente,
y la lástima justa y odio justo,
que ambas cosas concurren justamente:
el ánimo ahora humano, ahora robusto
me suspende y me tiene diferente:
que si al piadoso celo satisfago,
condeno y doy por malo lo que hago.

Si del asalto y ocasión me alejo,
dentro della y del fuerte estoy metido;
si en este punto y término lo dejo,
hago y cumplo muy mal lo prometido:
así dudoso el ánimo y perplejo,
destos juntos contrarios combatido,
lo dejo al otro canto reservado,
que de consejo estoy necesitado¹¹³.

En ambas estrofas, la ambigüedad de la actitud del poeta ante su propia narración se presenta como expresión de la profunda división de su conciencia. Esta aparece escindida por la simultaneidad con la que experimenta emociones antagónicas frente a la batalla que va a narrar, y por una oscilación entre dos actitudes opuestas frente a la misma que se expresa en la oposición entre *ánimo humano* y *ánimo robusto*. Estas dos actitudes opuestas se hallan en la base de dos presentaciones posibles y radicalmente diferentes de la acción: la de una conciencia crítica («humana») y la de una perspectiva cómplice («robusta»). La primera estrofa se cierra con el rechazo implícito de la segunda actitud (la de complicidad), que aparece identificada con «lo malo». La segunda estrofa se articula en torno a dos falsas alternativas fundamentales y explora y afirma a través de ellas el compromiso histórico y estético del narrador. La primera falsa alternativa se expresa en la oposición entre alejarse y participar en la acción; y la segunda, en la de abandonar o continuar la narración. Ambas desembocan en la afirmación del compromiso del narrador con la acción y con la obra, y de la necesidad de llevar a cabo lo iniciado, aun desde una conciencia que aparece caracterizada como dudosa, perpleja y escin-

dida por las propias contradicciones internas: de «juntos contrarios» combatida.

Estas contradicciones internas, que escinden al narrador y que condicionan las ambigüedades e inconsistencias fundamentales que se observan en la obra —cuya estructura formal resulta, en buena parte, de las oscilaciones entre la conciencia crítica y la conciencia cómplice que reconoce el poeta en las estrofas que acabo de citar— iluminan la conflictiva transformación de su conciencia a través de la confrontación, forzosa en el contexto de las guerras de conquista de Arauco, entre los mitos y valores de la ideología dominante y la experiencia personal de la conquista vivida por el propio autor.

La profundidad de esa transformación se expresa dentro de la obra en la distancia que media entre la actitud que caracteriza al narrador al comienzo de la obra y la actitud, radicalmente distinta, que éste elige en los últimos versos del poema. Esta distancia se condensa en la oposición entre *cantar* y *llorar*. En la primera estrofa del poema anuncia Ercilla su propósito de cantar —en el doble sentido poético y glorificador— los hechos heroicos de una conquista española que aparece ejemplificada en las guerras de subyugación de Arauco. Pero, en la última estrofa del poema, el poeta concluye con los siguientes versos:

conociendo mi error de aquí adelante
será razón que llore y que no cante.

En la distancia que separa *cantar* y *llorar*, es decir, un proyecto de glorificación de un orden ideológico y político —que aparece ya identificado en esta última estrofa con el *error*— de un lamen-

to, se expresa simbólicamente todo el proceso de emergencia de una nueva conciencia crítica en el contexto histórico de la conquista. En ese contexto, la crítica desemboca en la marginación del que la formula —marginación de la que Ercilla se queja amargamente en el último canto— y en la angustia de una doble alienación: alienación con respecto al orden ideológico y político dominante, que el narrador se ha visto obligado a ir cuestionando de forma cada vez más radical a través de su experiencia, y alienación también frente a la realidad histórica y cultural de unos pueblos americanos con los que el narrador se siente moralmente solidario, pero a los que sólo es capaz de integrar en su propia concepción del mundo, de comprender, de recuperar, a través de un proceso de transformación que le permite aceptarlos simbólicamente como iguales, negando al mismo tiempo la realidad de su naturaleza concreta, de su diferencia, o, dicho de otro modo, de su americanidad.

En la trayectoria que va desde la integración del canto inicial a la marginación del llanto del último verso se expresa literariamente la emergencia de una nueva conciencia colonial que podríamos llamar *hispanoamericana*. Pero en el contexto histórico de ese proceso de emergencia, cuyos inicios se remontan a las denuncias ideológicas de Las Casas y a los procesos desmitificadores de los *Naufragios*, el término *hispanoamericana* no expresa de ningún modo una fusión de esas dos culturas en una síntesis armónica, sino la toma de conciencia del insoluble conflicto entre ambas y la vivencia de una doble imposibilidad. Por una parte, la imposibilidad del retorno a una plena integración dentro del orden ideológico y político de la metrópoli, que aparece irremisiblemente desenmascarado por la realidad concreta de la conquista, y del cual el narrador se siente sepa-

rado por una distancia crítica y, en cierta medida, desvinculado. Por otra, la imposibilidad de integración en un marco cualitativamente distinto: el propiamente americano, cuya dignidad y excelencia reivindica el poeta en términos generales, pero al cual se siente social y culturalmente ajeno.

En relación con esa transformación de la conciencia del narrador se define con exactitud el doble sentido de *La Araucana*. El poema es, sin duda, la narración del proceso de la conquista de América, ejemplificado en las campañas de la guerra contra Arauco. Pero sobre esta experiencia de la conquista que narra el poema se articula un proceso de significación paralelo que confiere a esta experiencia el carácter de una trayectoria espiritual cuyo resultado final es el hallazgo de la verdad. Y, a lo largo de esa trayectoria metafórica, la figura inicial del narrador, que se presentaba a sí mismo como conquistador y cantor épico de la gloria de las acciones de la conquista, se va descomponiendo en una serie de juegos de oposiciones que culminan, a partir del canto XXXVI, en una profunda redefinición de narrador, acción, móviles y objetivos. En este canto, el narrador se redefine de acuerdo con un objetivo al que se subordina implícitamente toda su experiencia anterior: la búsqueda de la verdad. Es el narrador «atento a las señales» que se anunciaba en el canto anterior y que aquí se caracteriza como alguien que fue

... siempre amigo e inclinado
a inquirir y saber lo no sabido¹¹⁴.

La acción de este narrador se identifica con la búsqueda de la verdad, pero no se trata de una peregrinación mística sino de una búsqueda de la verdad en y desde la realidad histórica con-

creta. Ercilla puntualiza este hecho con claridad al enunciar su resultado final en la primera estrofa del canto XXXVI:

digo que la verdad hallé en el suelo
por más que digan que es subida al cielo¹¹⁵.

El móvil de este narrador es el conocimiento, y su objetivo es la verdad; la acción recorre la trayectoria del narrador en busca de la verdad a través de la experiencia, y el hallazgo final de esa verdad aparece identificado con la desmitificación y el rechazo del proceso de la conquista, y con la reivindicación de la superioridad de la América precolombina, a través de la presentación utópica de la expedición a la región austral. Como Ercilla el soldado, Ercilla el buscador se siente impulsado a ver el fin de esta jornada, geográfica para el primero y espiritual para el segundo. Como aquél, el buscador se siente impelido a «poner el pie más adelante» y a cruzar «el gran brazo y agua arrebatada», imagen del canal de Chaco que sugiere los otros caudales, no menos peligrosos, que cruza la conciencia del narrador en su trayectoria hacia el conocimiento; y, finalmente, Ercilla el conquistador llega a la otra orilla «hecho pedazos», como llega profundamente fragmentada, al término de su peregrinación en busca de la verdad, la conciencia del narrador.

Situadas en la convergencia final de la trayectoria doble del poeta, todas las estrofas que narran el clímax de la expedición austral se iluminan con un doble significado, para culminar en la declaración inscrita por el propio poeta en la corteza de un árbol. En ésta se afirma el resultado literal y metafórico de la doble exploración que aparece condensada, en el episodio de la expedición austral, con las siguientes palabras:

Aquí llegó donde otro no ha llegado
don Alonso de Ercilla...¹¹⁶

El lugar geográfico al que ha llegado en esta estrofa el conquistador Ercilla son las tierras más remotas del extremo sur de Chile. Pero el lugar metafórico al que ha llegado al final de su doble recorrido el poeta Ercilla, el buscador de verdades, es una toma de conciencia desde la cual se revelan el significado y las implicaciones profundas de las guerras de Arauco y de todo el proceso de la conquista que aparece representado en ellas¹¹⁷. Desde este lugar metafórico, fin de la trayectoria y origen del poema, el poeta crea una obra literaria que expresa y recrea toda la trayectoria recorrida hasta llegar a él, todo «el accidentado recorrido lleno de compensaciones y substituciones»¹¹⁸ que ha desembocado en la emergencia de una conciencia crítica que se define simultáneamente por su marginalidad en relación con las dos culturas dominantes, por sus contradicciones internas y por su voluntad crítica.

Basándose tanto en la imprecisión de algunos elementos históricos como en la idealización de personajes y en la ficcionalización innegable de los episodios intercalados de carácter novelesco o fantástico, la crítica ha cuestionado repetidamente la definición tajante del significado de su obra que ofrece el autor al principio del primer canto del poema. Dice en él Ercilla que *La Araucana*:

es relación sin corromper sacada
de la verdad cortada a su medida¹¹⁹.

Y, sin duda, esta afirmación es cuestionable si la verdad que se busca en ella es la veracidad histórica de los datos que integran

la composición del poema. Y, sin embargo, basta reintegrar esos elementos a la estructura total del poema, basta restituirles su función específica dentro de los procesos de significación que se articulan en la obra, para advertir que la afirmación tajante de Ercilla, que tanta perplejidad ha despertado en numerosos críticos —cuando no ha sido interpretada como simple figura retórica—, es profundamente exacta. *La Araucana* contiene y expresa esa verdad que en el canto XXXVI se define como el verdadero objetivo de toda la trayectoria de la acción y de la reflexión del poeta. Verdad que no se identifica con la *exactitud* de los hechos concretos que se narran en el plano de la acción, sino con las oscilaciones y transformaciones de una conciencia frente a esos hechos y acciones a través de los cuales aparece representado en el poema el proceso histórico de toda la época de la conquista. El mismo narrador apunta la existencia de un mensaje que no se identifica con la narración de hechos sino que aparece oculto en ella cuando le dice a Felipe II:

pensando que pues va a vos dirigido
que debe de llevar algo escondido

y es consciente de que la percepción que se expresa en su obra no prolonga la «historia general» sino que constituye una crítica personal de esa historia a través de la proposición implícita de una historia paralela¹²⁰.

Todas las formas de desmitificación y de rechazo que habían ido articulando los distintos discursos narrativos de la conquista culminan en *La Araucana*, primera expresión literaria hispanoamericana de una conciencia colonial que asume, a través del juego de sustituciones, contradicciones y falsas soluciones

que articulan el poema, la realidad de la propia alienación. Frente a las mitificaciones que, en el discurso de Colón o en el de Cortés, reafirmaban la validez del modelo ideológico dominante, reduciendo los aspectos concretos de la realidad de la conquista a los términos ideales de ese modelo, los procesos de desmitificación que se inscriben en las denuncias de Bartolomé de las Casas, en las críticas de los textos del discurso narrativo del fracaso y en el rechazo de los del discurso narrativo de la rebelión, se levantan sobre una misma base y aparecen unificados por un proyecto equivalente. Todos ellos parten de una percepción del desajuste entre modelo ideológico y colonia, entre mitos y realidad. Todos ellos expresan, aunque de formas muy distintas, un mismo proyecto fundamental: la restauración de la armonía destruida por la realidad de violencia, explotación e injusticia de la conquista y colonización de América. Los dos primeros identifican esta restauración con el retorno a los auténticos valores cristianos; el discurso narrativo de la rebelión la identifica con un retorno nostálgico y anacrónico a los valores mitificados de la España heroico-medieval.

En *La Araucana*, Ercilla retoma todas esas percepciones de la crisis que se han ido expresando, a lo largo de casi un siglo, en los distintos discursos narrativos de la conquista. Explora y agota tanto la actitud lascasiana como la visión del discurso de la rebelión. La humanización del indígena, que aparece equiparado a los grandes héroes de la historia occidental, se complementa con la crítica implacable de la filosofía y del comportamiento del colono depredador. Pero la solución de la crisis ideológica, la restauración de la unidad entre la ideología de la conquista y su realidad objetiva¹²¹, no se identifica plenamente con ninguna de las dos soluciones. Centrada en el rela-

to de la experiencia personal de las guerras vivida por el narrador, *La Araucana* no narra el proceso de restauración de una mítica coherencia entre proyecto ideológico y realidad colonial, sino la progresiva toma de conciencia de la imposibilidad de esa unidad.

El texto asume todas las contradicciones del proceso de conquista y colonización, y expresa todas las divisiones de una conciencia cuya transformación a través de la experiencia personal de la realidad histórica y de la práctica literaria constituye el núcleo más profundo en torno al cual se articulan los procesos de significación de la obra. En *La Araucana*, la unidad y la armonía ya no forman parte de la realidad, sino que, tal como ha señalado Jaime Concha, se sitúan más allá de ella: «Perche nel poema di Ercilla, la pace non appartiene alla storia ma alla trascendenza: trascendenza escatologica, nel caso di Caupolicán, la cui energia avversaria se annulla sublimatamente nella forma del martirio; trascendenza spaziale, dislocazione oltre le frontiere della guerra, come nella presente situazione¹²². En la elección final de una falsa solución trascendente para las contradicciones de la conquista se expresan con claridad los límites de «la metamorfosis de la conciencia imperialista»¹²³ de Ercilla, pero también la lucidez de la percepción que éste tiene de la insolubilidad de sus propias contradicciones internas. La obra recoge todas esas contradicciones y el narrador, a través de su práctica literaria, las expresa y las asume todas. En este hecho reside el valor ideológico de *La Araucana* y sobre él se articula el proyecto literario de una obra que expresa, en una poética claramente heterodoxa y llena de aparentes inconsistencias, toda la complejidad de las oscilaciones y rupturas a través de las cuales se define una nueva visión de la América colonial.

El poema se desarrolla anclado en una serie de ambigüedades, inconsistencias y contradicciones que configuran su forma específica. Pero la presencia en él de elementos a veces discordantes o aparentemente innecesarios no es el resultado de una incapacidad, por parte del poeta, de seguir los moldes literarios establecidos. Expresa de forma simultánea la dialéctica histórica del primer siglo de la conquista y el proceso de transformación de un narrador que relata la metamorfosis del guerrero imperialista, glorificador de la ideología dominante que se expresaba en el proyecto de la conquista, en el narrador desengañado y marginado de una historia paralela en la que se plasma la emergencia de una conciencia crítica de todo el período histórico de la conquista de América.

113. *Ibíd.*, p. 197.

114. Parlamento de Lope de Aguirre. Transcrito en la *Relación* de Vázquez, p. 82.

115. Las citas y entrecomillados provienen de la Carta de Aguirre al Provincial Montesinos, en E. Jos, *op. cit.*, Apéndice Documental, p. 190; y de la Carta de Aguirre a Felipe II, *ibíd.*, pp. 197-200.

116. Parlamentos transcritos por Gonzalo de Zúñiga en su *Relación*, ed. cit., pp. 246 y 273.

117. *Ibíd.*, p. 273.

118. Parlamento de Lope de Aguirre transcrito por F. Vázquez en su relación, ed. cit., p. 109.

119. Carta de Aguirre al rey Felipe II, ed. cit., p. 197.

120. Sentencia del Juez Bernáldez contra Lope de Aguirre. Transcrita en E. Jos, *op. cit.*, p. 204. El subrayado es mío.

121. Carta de Aguirre al rey Felipe II, p. 196.

122. La primera cita proviene de la Carta a Felipe II, ed. cit., p. 200. La segunda de la Carta de Aguirre al Provincial Montesinos, ed. cit., p. 192.

123. Carta de Aguirre al gobernador Collados, ed. cit., p. 201; y Carta al rey, ed. cit., pp. 196 y 200.

➤ 124. José Antonio Maravall, «Un esquema conceptual de la cultura Barroca», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, n. 273 (1963), p. 427.

125. Carta de Aguirre a Felipe II, ed. cit., p. 200. El subrayado es mío.

126. José Antonio Maravall, art. cit., p. 460.

127. Estoy en este punto de acuerdo con Lastres y Segúin cuando rechazan el juicio de E. Jos que califica a Aguirre de «loco y resentido».

128. Carta de Aguirre al Provincial Montesinos, ed. cit., p. 192.

129. Baltasar Gracián, *El discreto*. Véase J. A. Maravall *op. cit.*, p. 430.

130. Ésa es la interpretación a la que llega en sus conclusiones el trabajo de E. Jos en su *op. cit.*, así como en la posterior *Ciencia y Osadía en Lope de Aguirre el Peregrino*, Sevilla, 1950, del mismo autor.

Capítulo 5

La Araucana: Expresión literaria de una conciencia crítica

1. Cristóbal Colón, *Diario del Primer Viaje*, en Navarrete, *op. cit.*, p. 96.

2. Cf. *supra*, *El desconocimiento de un mundo real*.

3. La necesidad de identificación del americano con el asiático descrito por Marco Polo se revela en la inversión sistemática de los términos de la caracterización creada por aquél, dentro de la caracterización que va creando Colón desde su primer viaje. La caracterización del indígena desde el punto de vista de su posible utilización dentro del proyecto comercial del Almirante se concreta en la transformación progresiva del hombre en salvaje, del salvaje en siervo, del siervo en bestia, y de la bestia en mercancía. Cf. *supra*, *La instrumentalización de la realidad*.

4. La generosidad se convertiría dentro del discurso de Colón en atributo de bestialidad; el pacifismo y la hospitalidad, en cobardía; la dulzura y amor de los que Colón hablaría repetidamente, al referirse a sus contactos con los indígenas, los caracterizarían como siervos idóneos. Ya el día 12 de octubre concluye Colón, a

a vista del buen recibimiento que les habían hecho los taínos a los españoles, que «deben ser muy buenos servidores».

Y, apenas un mes más tarde, la caracterización de los indígenas como salvajes que hacía Colón en su entrada correspondiente al 13 de octubre —donde los describía como gente primitiva «muy hermosa»— aparece reducida a un solo término («cabezas»), que marca la transformación en la percepción del Almirante del salvaje-siervo en bestia. La última fase del desarrollo de la caracterización del indígena corresponde a la transformación final de la bestia («cabeza» o «pieza» en el léxico colombino en mercancía). La primera formulación explícita de esta transformación final se da en el *Memorial* que escribió Colón para los reyes desde la Isabela el 30 de enero de 1494. En él, Colón habla de cómo organizar la cuestión del transporte de esclavos o «la carga y descarga de toda la mercadería» y de las carabelas que deben fletar los reyes para que vengan con su licencia por la mercadería de esclavos». Cristóbal Colón, *Diario del Primer Viaje*, en Navarrete, pp. 96 y 112. También *Memorial de Cristóbal Colón a los Reyes*, enero de 1494, en Navarrete, p. 200.

5. Para el análisis más detallado de este proceso de apropiación de la palabra que lleva a cabo el Almirante en sus textos véase supra, *El desconocimiento de un mundo real*.

6. Hernán Cortés, Segunda carta de relación, ed. cit., p. 66.

7. Hernán Cortés, Carta al emperador, de 15 octubre de 1524, ed. cit., p. 211.

8. *Ibidem*, p. 211. El subrayado es mío.

9. *Relación de Andrés de Tapia*, ed. cit., p. 83-84.

10. Bernal Díaz del Castillo, *Historia Verdadera*, ed. cit., pp. 114 y 117.

11. *Ibidem*, p. 168.

12. Véase supra, *Desmitificación y crítica en los Naufragios*.

13. Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, ed. cit., p. 142, vol. I.

14. *Ibidem*, vol. I, p. 143.

15. Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, *Los Naufragios*, ed. cit., p. 93.

16. Francisco Vázquez, *Relación de la jornada de Omagua y Dorado*, ed. cit., pp. 69-70.

17. *Ibidem*, p. 126.

18. J. Bautista Avalué Arce analiza la relación de *La Araucana* con las formas de la epopeya renacentista en su trabajo: «El poeta en su poema: el caso de Ercilla», en *Revista de Occidente*, n. 32. Jose Durand trata del problema de *La Araucana* en relación con la tradición verista española y verosimilista italiana en «Caupolicán clave épica de *La Araucana*», en *Révue de Litterature comparée*, n. 52, pp. 367-389; y Lía Schwartz toca el mismo problema centrándolo en el análisis de la caracterización de las figuras femeninas en «Tradición literaria y heroínas indias en *La Araucana*», en *Revista de Indias*, n. 38 (1972), pp. 615-625. Para un análisis global del poema, véase especialmente: Manuel José Quintana, *Sobre la épica castellana*, en *Obras completas*, vol. I, Madrid, 1897, pp. 545 y ss; Martínez de la Rosa, *Apéndice sobre la poesía épica española*, en *Obras completas*, vol. p. 22, París 1845; Marcelino Menéndez y Pelayo, *Antología de poetas hispanoamericanos*, Madrid 1895, pp. 6-9; J. Ducamin, *L'Araucana*, París 1900; E. Solar Correa, *Semblanzas Literarias de la colonia*, Santiago de Chile, 1933; A. Torres Rioseco, *La gran literatura iberoamericana*, Buenos Aires, 1945; Pedro Henríquez Ureña, *Literary currents in Hispanic America*, Harvard U. Press 1945; Frank Pierce, *La poesía épica del siglo de Oro*, Madrid, 1961; Luis Alberto Sánchez, *Historia comparada de las literaturas latinoamericanas*, Buenos Aires, 1973; J. Toribio Medina, *La Araucana*, Santiago de Chile, 1913, 4 vol.

19. Fernando Alegría, *La poesía chilena del XVI al XIX*, University of California Press, 1954, p. 1.
20. *La Araucana*, de Alonso de Ercilla, México, 1975, canto I, p. 16.
21. *La Araucana*, ed. cit., canto I, pp. 22-23.
22. *Relación del Hidalgo de Elvas* sobre la expedición de Hernando de Soto a la Florida, ed. cit.
23. Alonso de Ercilla, *La Araucana*, canto XXIX, pp. 403-404.
24. *Ibidem*, canto VIII, p. 119.
25. *Ibidem*, canto III, p. 50.
26. *Ibidem*, canto I, p. 16.
27. *Ibidem*, canto I, p. 17.
28. *Ibidem*, canto I, p. 17.
29. Ercilla dedica numerosas estrofas a describir detalladamente las tácticas guerreras de los araucanos, su adaptación al medio americano, sus trajes guerreros, la construcción de sus fortificaciones, etc., ed. cit., pp. 19 y 20, canto I.
30. Con respecto a la religión y a los hechiceros dice Ercilla que «estos son los que ponen en errores /... / Teniendo por tan cierto su locura / como nos la Evangélica Escritura». Se registra el error pero se evalúa la fe de los araucanos desde una perspectiva que le confiere una validez equivalente a la que tiene el evangelio para un cristiano, aunque se trate de una fe errada. *La Araucana*, canto I, p. 22.
31. *La Araucana*, ed. cit. canto II, p. 39.
32. *La Araucana*, ed. cit. canto I p. 23. Las interpretaciones como la de E. Solar Correa, que percibe a los araucanos como salvajes sin valor alguno, son totalmente insostenibles desde una lectura cuidadosa del poema. Sólo se puede llegar a tal conclusión

desvirtuando el significado de los elementos concretos que integran la caracterización, y desvinculando la obra de su contexto histórico para examinarla a la luz de unos valores y prejuicios que ni siquiera son los de su época.

33. *La Araucana*, ed. cit., canto X, pp. 143-144.

34. *Ibidem*, canto X, p. 144.

35. Para ampliar información sobre las influencias y fuentes literarias específicas de las caracterizaciones de heroínas indias en el poema, véase especialmente el artículo ya citado de Lía Schwartz Lerner, en *Revista de Indias*, n. 38 (1972), pp. 615-625.

36. *La Araucana*, ed. cit., canto XXVIII, p. 389.

37. *La Araucana*, canto XXVIII, p. 391.

38. *Ibidem*, pp. 392-393.

39. *Supra*, pp. 266-267.

40. Esta cuestión tiene su importancia para dilucidar el carácter fundamentalmente histórico o imaginario de la representación de la conquista de Chile que ofrece Ercilla en *La Araucana*; y enlaza también con toda la problemática de clasificación genérica de la obra que enfrentó a veristas y verosimilistas en torno a la verdadera naturaleza del poema épico de Ercilla. En relación con esto véase especialmente el trabajo de José Durand: «Caupolicán clave historial y épica de *La Araucana*», que se centra en el problema de la relación entre verdad histórica y verdad poética dentro del poema.

41. Lía Schwartz Lerner, art. cit., p. 616-617.

42. Fernando Alegría, *op. cit.*, pp. 18 y 49. No creo que la galantería de Ercilla tenga nada que ver con la forma que toma la caracterización, al contrario de lo que sugiere Alegría en las pp. 49-50-51 de la misma obra.

43. Lía Schwartz Lerner, art. cit., p. 625.

44. *La Araucana*, canto VIII, p. 113.
45. Véase supra pp. 265 y 267.
46. Agustín Cueva, «Ensayo de interpretación de *La Araucana*: El espejismo heroico de la conquista», *Casa de las Américas*, n. 110 (1978), p. 34.
47. Véase supra pp. 274-276.
48. *La Araucana*, en palabras de Ercilla: «es relación sin corromper sacada / de la verdad cortada a su medida», Prólogo del Autor, p. 11; y canto I p. 15.
49. Ramón Menéndez Pidal, *Los españoles en la literatura*, Buenos Aires, 1960, capítulo IV.
50. José Durand, art. cit., p. 367.
51. Fernando Alegría, *op. cit.*, p. 46-47.
52. Jaime Concha, art. cit., p. 96.
53. De él puntualiza el narrador que aunque tiene «cincuenta mil vasallos que delante / le ofrecen doce marcos de oro al día / esto y aún mucho más no era bastante». *La Araucana*, canto III, p. 45. También el discurso de Tunconabala expresa ese modelo de percepción de América cuando Tunconabala reduce escueta y lúcidamente todo el proyecto de la conquista española a «buscar haciendas y riqueza» resumiendo el objetivo que irá dando forma al saqueo del Nuevo Mundo a lo largo de toda la conquista. Cf. *La Araucana*, canto XXXIV, p. 479.
54. En su estudio sobre *La Araucana*, Jaime Concha opone esa percepción y caracterización de la naturaleza propia de la conquista militar, a la visión que llama la «visión mística de la naturaleza» que desarrollaron los jesuitas más adelante. Véase el artículo ya citado, p. 97.
55. Véase *La Araucana*, pp. 230 y 216, cantos XVI y XV respectivamente.

56. Cf. supra, *El discurso narrativo del fracaso*.
57. Piénsese como ejemplo de esta poetización y de su amplio registro en la presentación dramática del mar y del cielo durante la tempestad que enlaza la primera y la segunda parte del poema, y en la ternura descriptiva que irradia la estrofa en la que se nos describe el hallazgo de la frutilla en la expedición al sur de Chile (canto XXXV, p. 488.)
58. *La Araucana*, canto I, p. 21.
59. *Ibidem*, canto XVIII, p. 268.
60. *Ibidem*, canto II, p. 38.
61. Voltaire, *Essai sur la Poésie Epique, La Henriade*, París 1853, pp.3 9-43.
62. Martínez de la Rosa afirmó que Ercilla «atinó en general con la especie de máquina que convenía a su poema», en *op. cit.*, tomo 10.
63. Véase el ensayo de Fernando Alegría: «Ercilla y sus críticos», en *La poesía chilena*, pp. 1-32.
64. Agustín Cuevas, art. cit., p. 29.
65. *La Araucana*, canto XV, p. 207.
66. *Ibidem*, canto XXXII, p. 445.
67. Las citas provienen respectivamente del canto XVII, pp. 329 y 260. Este mismo saqueo de Concepción aparece autorizado e integrado por la comparación con los saqueos de griegos troyanos a los que aludía la cita de la nota 61.
68. *Ibidem*, canto VII, p. 107. Narra Ercilla:
- No con tanto rigor el pueblo griego
entró por el troyano alojamiento
sembrando frigia sangre y ovo fuego
talando hasta el último cimiento

cuanto de ira, venganza y furor ciego
el bárbaro, del robo no contento,
arruina, destruye y desperdicia, y aún no
puede cumplir con su malicia.

69. *La Araucana*, canto III, p. 52.

70. Enrique Pupo-Walker, *Sobre el discurso narrativo y sus referentes en los Comentarios Reales*, en *op. cit.*, p. 41.

71. Hay que señalar que ese modelo que estaba en el centro de los procesos de ficcionalización de la realidad de la conquista que encontrábamos en textos como las Cartas de relación o —desde un enfoque ligeramente distinto— la *Historia verdadera* de Bernal Díaz, estaba igualmente presente aunque a veces de forma menos explícita, en los textos fundamentales en los que se iban formulando los principios legales y sociales básicos de la organización de la colonia. Las Ordenanzas de Gobierno de Hernán Cortés, por ejemplo, presentan una continuidad del mito de la figura del conquistador justo, cristiano y paternal creado en las *Cartas*, y proyectan su figura modélica mas allá del ámbito de las *Cartas* mismas.

72. José Durand señala la conexión de *La Araucana* con la filosofía de Bartolomé de las Casas en lo referente a la caracterización de los indígenas en su estudio ya citado sobre Caupolicán. Y discute la difusión de los debates lascasianos por la colonia y sus centros más importantes en su trabajo «El chapetón Ercilla y la honra Araucana», en *Filología*, Buenos Aires, 1964, pp. 116-134. Ciriaco Pérez Bustamante explora también esa relación entre Las Casas y Ercilla en «El lascasismo en *La Araucana*», en *Revista de Estudios Políticos*, Madrid, 1952, XLVI, pp. 157-168. Para una bibliografía adicional sobre el tema véase José Durand, art. cit. nota 6.

73. *La Araucana*, canto VI, p. 97, y canto VII, p. 100.

74. *Ibidem*, canto VI, pp. 97 y 98 respectivamente.

75. *Ibidem*, canto I, p. 24 y canto X, p. 143, respectivamente.

76. *Ibidem*, canto VII, p. 103.

77. *La Araucana*, canto III, p. 45, y canto II, p. 44 respectivamente. Esta visión de la decadencia del bando español como resultado del abandono de las «armas» emblema de la tradición guerrera y heroica que se remonta hasta la Reconquista es uno de los puntos de enlace claros entre la caracterización de Ercilla y la de personajes centrales de los textos del discurso de la rebelión, e.g. Lope de Aguirre.

78. Los términos citados corresponden por orden a *La Araucana*, canto IX, p. 139, canto XII, pp. 173-174; la escena de la persecución de los españoles por mujeres araucanas se encuentra en el canto X, pp. 143-144.

79. *La Araucana*, canto XXXIV, pp. 478-479, y canto XXXV, p. 488, respectivamente.

80. Jaime Concha ha señalado ya este desdoblamiento que presenta dentro del poema la figura del conquistador, relacionándolo con el cambio de mentalidad inseparable de la transformación histórica del conquistador en encomendero, a la vez que explica las diferencias fundamentales que separan al propio Ercilla de esa clase de los encomenderos. Véase: «La Araucana, epopea della contro-conquista» en *Materiali Critici*, núm. 2 (Génova, 1981), pp. 93-128, Génova 1981.

81. *La Araucana*, canto XXIV, p. 336.

82. *Ibidem*, canto XXV, p. 351.

83. José Durand, «Caupolicán clave historial de *La Araucana*», ed. cit., 1978.

84. *La Araucana*, canto XXXV, p. 482.

85. *Ibíd.*, canto XXXV, p. 482.
 86. *Ibíd.*, canto XXV, p. 483.
 87. *Ibíd.*, p. 485.
 88. *Ibíd.*, p. 485.
 89. *Ibíd.*, p. 486.
 90. *Ibíd.*, p. 487.
 91. *La Araucana*, canto XXXVI, p. 491.
 92. *Ibíd.*, p. 493.

93. Ya Jaime Concha ha señalado la importancia de este rasgo de caracterización del indígena utópico de las islas del sur y observado cómo ese rasgo subrayado revela instantáneamente una de las contradicciones internas del poeta frente a la realidad racial y cultural americana. Cf. Jaime Concha, *ar. cit.* pp. 123-124.

94. *La Araucana*, canto XXXVI, p. 492.
 95. *Ibíd.*

96. William Melczer ha señalado ya la profunda vacilación del compromiso ideológico de Ercilla que se expresa en estas contradicciones: «Tormented by mixed and even contrary feelings, divided between a political allegiance to the ideals of the Spanish conquest and a moral sympathy with the Araucanian resistance, Ercilla felt committed to both sides and to neither». Véase su trabajo sobre la Araucana: «Ercilla's divided heroic vision: a re-evaluation of the epic hero in *La Araucana*», en *Hispania*, 56 (abril de 1973).

97. Ercilla era perfectamente consciente de que su versión de la historia de la conquista se ocupaba precisamente de aquellos aspectos o procesos que habían sido eludidos por la historia oficial, y reafirmó de distintas maneras a lo largo del poema su decisión de hablar de aquello que la versión oficial de los hechos ha deformado u ocultado. Un ejemplo de esta decisión se encuentra en el canto XIII donde Ercilla da una lista de acontecimientos

importantes que no va a narrar en su poema, precisando al final que a pesar de su importancia:

No pongo su proceso en esta historia
que del la general hará memoria,

Y en esta declaración se manifiesta la decisión del autor de rescatar del olvido sólo lo que al olvido había sido relegado por la selección inseparable de la versión oficial de los hechos de la conquista. Cf. *La Araucana*, canto XIII, p. 188.

98. Manuel José Quintana, *Obras Completas*, vol I, p. 545, ed. cit. Su afirmación se sitúa en la tradición de evaluación iniciada por Voltaire en su lectura del poema. Menéndez Pelayo volvería a insistir sobre la importancia de la figura del poeta dentro de la obra; Valbuena Briones señalaría el desdoblamiento de la figura entre *narrador* y *actor*, indicando asimismo el predominio de la primera de estas funciones. Y J. B. Avalle Arce retomaría básicamente esta división que analizó centrándose en las diferencias entre el yo poético y el yo empírico en su trabajo: «El poeta en su poema», publicado en la *Revista de Occidente*, n. 32, pp. 152-170. Para una bibliografía adicional sobre el tema consúltese la bibliografía crítica sobre *La Araucana* recopilada por L. Esquila.

99. En esta afirmación inicial de Ercilla se apoyan efectivamente los análisis de la figura del narrador escindida en funciones opuestas: militar / literaria / imaginaria / activa, etc... a que aludía en la nota 98 citando los ejemplos de algunos de los críticos que acabo de señalar.

100. Las citas corresponden por orden al canto XXIV, p. 369, y al canto XXVIII, pp. 395 y 394 respectivamente.

101. *La Araucana*, canto XXVI, p. 370. En relación con este punto merece mención el exhaustivo trabajo de Carlos Albarracín Sarmiento que examina la relación entre el uso del pronombre *Yo* y las distintas funciones del narrador, que según el autor aparecen divididas en *Personaje* (que incluye Protagonista, Secundario y Testigo), y *Narrador* (que incluye Aedo, Moralista, y Cronista): en Carlos Albarracín Sarmiento, «Pronombres de primera persona y tipos de narrador en *La Araucana*, BRAE, XLVI, 178, pp. 297-320.

102. *La Araucana*, canto XXVI, p. 370.

103. *Ibidem*, canto XXIII, p. 321.

104. *Ibidem*, canto XXVIII, pp. 397-398.

105. *Ibidem*, canto XVII, pp. 248 y 244 respectivamente.

106. *Ibidem*, canto XXVI, p. 368.

107. *Ibidem*, canto XXVI, p. 371.

108. *Ibidem*, canto XXXII, p. 440.

109. *La Araucana*, canto XXXVI, p. 474. En cuanto a la presentación de la ejecución de Caupolicán con aspectos de suicidio es interesante señalar que no se trata de un caso aislado. En el canto XXVI el poeta señala que por falta de verdugos los propios indígenas se encargaban de ejecutar su condena a muerte:

Por falta de verdugo, que no había
quien el oficio hubiese acostumbrado
quedó casi por uso de aquel día
un modo de matar jamás usado:
que a cada indio de aquella compañía
un bastante cordel le fue entregado
diciéndole que el árbol *eligiese*
donde *a su voluntad* se suspendiese».

Cf. *La Araucana*, canto XXVI, p. 371. El subrayado es mio.

110. *La Araucana*, canto XXXVII, p. 505.

111. Jaime Concha ha subrayado esas oscilaciones e inconsistencias del poeta en relación con el problema central del racismo en la conquista y de la forma en que luchan en Ercilla dos actitudes contradictorias: una de racismo, característica del colonizador, y otra que propone, desde una actitud cristiana, la unidad del género humano: «l'atteggiamento oscillante di Ercilla, nel quale lottano el razzismo connaturale al colonizzatore e un sentimento piu indipendente, forse di natura e sfondo cristiani, dell' unita del genere umano». Cf. el trabajo citado, p. 124.

112. La estrofa a la que me refero se encuentra en el canto XXII, p. 315.

113. *La Araucana*, canto XXXI, p. 435.

114. *Ibidem*, canto XXXVI, p. 494.

115. *Ibidem*, canto XXXVI, p. 491.

116. *Ibidem*, canto XXXVI, p. 496.

117. El carácter iluminador de este segundo proceso de significación que posee el canto XXXVI es muy claro. En él una serie de elementos diversos que aparecían a lo largo del poema, se definen con gran claridad resultando en la metamorfosis del guerrero en conciencia crítica de un proceso histórico, y la de la acción en el aprendizaje a la verdad de esa conciencia.

118. Cf. Jaime Concha, art. cit., p. 125.

119. *La Araucana*, canto I, p. 15.

120. Cf. *La Araucana*, canto I, p. 15., y la referencia a la «historia general» en la nota 97.

121. Agustín Cueva se refiere a la existencia dentro de la obra de un «desdoblamiento que separa en unidades casi antagónicas la ideología de la conquista y su realidad objetiva» y seña-

la la presencia de esta contradicción fundamental en el centro mismo de la crítica que se expresa en el poema. Véase el artículo citado, p. 34.

122. Esta «situación presente» a la que se refiere Jaime Concha es la de la expedición austral que Ercilla narra en los cantos XXXV y XXXVI. Cf. Jaime Concha, *op. cit.*, pp. 125 y ss.

123. *Ibidem*, p. 125.

Índice onómastico*

- | | |
|--|---|
| Acosta, José de, 288-289 | Behaim, Martín de, o Martín de Bohemia 38, 202, 290 |
| Ailly, Pierre d', 28, 30-32, 48, 58, 63, 66-67, 69, 77-78, 84, 98 | Benalcázar, Sebastián de, 296-297 |
| Alaminos, Antón de, 111-112 | Bernáldez de Quirós, Alonso, 366 |
| Alberto Magno, 28 | Borgia, Cesar, 163 |
| Alegría, Fernando, 394-395, 419, 432, 441 | Boyardo, Mattheo María, 395 |
| Alfonso V de Portugal, 38 | Calderón de la Barca, Pedro 375 |
| Almagro, Diego de, 315 | Calvete de Estrella, Juan, 320 |
| Alva Ixtlixochitl, Fernando de, 140 | Camoës, Luís Vaz de, 439 |
| Alvarado, Pedro de, 137, 139-140, 142-143, 167, 186, 214-215, 286, 300 | Candía, Pedro de, 321 |
| Álvarez Cabral, Pedro, 116 | Cañete, marqués de, 332, 342 |
| Annari, Jerónimo, 56, 74 | Casas, Bartolomé de las, 26-32, 38, 44-45, 52-53, 72, 94, 98, 100, 104, 107, 108-113, 115, 127-129, 156-157, 268, 272-274, 388-391, 394, 448-449, 457, 484, 489 |
| Ariosto, Jerónimo, 395, 416 | Castañeda, Pedro de, 212, 216, 234, 240, 243, 244, 281 |
| Aristóteles, 28, 31, 271-272 | Castillo Maldonado, Alonso del, 256 |
| Atienza, Inés de, 336, 341-342, 350 | Cervantes Saavedra, Miguel de, 197, 375 |
| Avicena, 28 | |
| Bacon, Roger, 31 | |
| Barba, Pedro, 124 | |
| Bastida, Rodrigo de, 116 | |
| Bataillon, Marcel, 273, 316, 319, 357 | |

* Se excluyen las notas y la bibliografía.